

Ritual y simbolos de la iniciación en la sociedad secreta Abakua

Lydia Cabrera

Citer ce document / Cite this document :

Cabrera Lydia. Ritual y simbolos de la iniciación en la sociedad secreta Abakua. In: Journal de la Société des Américanistes. Tome 58, 1969. pp. 139-171;

doi : 10.3406/jsa.1969.2101

http://www.persee.fr/doc/jsa_0037-9174_1969_num_58_1_2101

Document généré le 14/06/2016

RITUAL Y SIMBOLOS DE LA INICIACION EN LA SOCIEDAD SECRETA ABAKUA

POR LYDIA CABRERA

La Sociedad secreta Abakuá tuvo su origen en los antiguos cabildos de esclavos carabalí, precursoras en Cuba, con los de otras tribus o naciones africanas, de las sociedades de Recreo y de las de Socorros Mutuos que se multiplicarían más tarde en aquella Isla.

Estas agrupaciones de ñáñigos, como se les llama corrientemente con secular desprecio, se denominan Potencias o « tierras, Juegos o Partidos ». De todos estos términos nos serviremos aquí.

La confraternidad tuvo siempre por objeto, en lo social, prestar ayuda económica a sus individuos en momentos de necesidad, con el producto de cuotas mensuales que aseguraba un fondo común ; y en lo secreto, protegerlos por medio de una alianza con poderes espirituales, contra lo que llamaremos los peligros imponderables, tales como maleficios o « daños », ataques de brujos que se valen de fuerzas maléficas para obstruccionar la suerte, arruinar la salud y el alma, provocar la enfermedad y la muerte y causar todo género de quebrantos.

Los *obonekues* — cofrades — deberán amarse y servirse como hermanos y guardar la más absoluta reserva sobre el culto de Ekue y los ritos herméticos de la confraternidad : éste es el primer compromiso que contraen al iniciarse. La liturgia se celebra a puerta cerrada y sólo entre adeptos, en el interior del Fambá o cuarto sagrado destinado al Secreto, en las casas que ocupan las Potencias o « tierras ».

Los signos que se dibujan en el cuerpo del recipiario para las pruebas de la iniciación — « rayas », « fimbas », « marcas » — lo unirán hasta la muerte y más allá de la muerte, a la fuerza misteriosa que veneran, a los *espiritius* de los antepasados y a sus hermanos en la religión, con lazos más estrechos que los del parentesco sanguíneo.

Cada Potencia o grupo se compone de trece a veinticinco « Plazas », dignidades, individuos que con el grado de Abasekiñongo desempeñan los cargos de su gobierno, asumen la jefatura con sus asistentes y ejecutan los ritos ; y un número ilimitado de iniciados, Abasekesongos.

La importancia de una Potencia depende del número de sus iniciados y de las « ramas » o nuevas agrupaciones que hayan surgido de ella.

La Sociedad es exclusivamente de hombres ; no admite mujeres en su seno. Ekue las rechaza, así como a todo lo que se relacione con su género. Sobre esta repulsa ineluctable del poder que adoran los *obonekues*, se nos ofrecen varias versiones. Ciertamente fue una mujer, Sikán, la Sikanekue, que todos los « moninas » — cofrades — consideran como una madre (Akana-rán), quien halló en la margen del río que bañaba el territorio de su padre, rey de la tribu de Efor, un pez, Tanse o Tansi, cuya forma extraordinaria animaba un espíritu sobrenatural — o el espíritu de un antepasado. Pero aquella mujer reveló el secreto del prodigioso hallazgo, que debía mantenerse inviolado, y en justo castigo fue sentenciada a muerte o se la sacrificó por pura necesidad religiosa.

La indiscreción sacrilega o la deliberada traición de Sikán al casarse con el príncipe de la tribu de Efik, que codiciaba el secreto de los Efor, determinó que las mujeres fuesen apartadas de las ceremonias y misterios de los ñánigos.

La segunda versión pretende que en un principio, la « verdadera dueña del Poder era una mujer que mataron los hombres para apoderarse de su Secreto ». A este poder lo refortalecieron ofrendándole su sangre, y para que nunca volviese a manos de mujer, les prohibieron participar en sus « juegos ». (Sin embargo, « por el sacrificio, Sikán se unió a Ekue y es inseparable de Ekue ».)

Ekue es un espíritu varonil, demasiado fuerte, bravo, — tereñón — guerrero, que detesta a las mujeres y a los afeminados, y sólo consiente a su servicio hombres recios y valerosos. Muchos piensan que la misógina de Ekue se debe a que la mujer, a causa de sus reglas, es un ser impuro ; la sangre menstrual es nefasta, tanto a las fuerzas sagradas como a los que durante los ritos estuvieren en contacto directo con ellas. Su inferioridad biológica, su naturaleza *sucia*, esclavizada a los períodos, que tienen una acción debilitante y maléfica, es, esencialmente, el motivo que las elimina de la religión de los hombres de Ekue. La misma exclusión, pero limitada a la duración de las reglas, se observa en todos los cultos africanos que se mantienen en Cuba. Entonces deberán abstenerse de concurrir a actos religiosos, a penetrar en los cuartos de los Orishas, Vodús o Ngangas, y si son sacerdotizas, de tocar nada sagrado ni aproximarse a los Santos, Orishas o mpungus. Los *abanekues*, únicamente, cuando han desaparecido las reglas y la ancianidad ha hecho cesar toda actividad sexual en una mujer, ya sin cometer sacrilegio, sin peligro para ella ni para los demás, la admiten en el Fambá. Entonces puede entrar y quedarse sentada en una sillita junto a la puerta. Por esto, en las procesiones de algunas Potencias ñánigas, como

en la de Usagaré Mutanga y en la de Oru Apapa, se veía desfilar, en vez de un hombre vestido de mujer como era la costumbre, una mujer vieja llamada « la Ñata », con un güiro o una tinajita en la cabeza, representando a la mujer que desempeñó un papel tan decisivo en el origen de la Sociedad y cuyo espíritu vuelve, en cada plante, a unirse a Ekue para hacerle « hablar ». De esta vieja se cuenta que presenciaba los juramentos y entablaba discusiones con los eruditos *obonekues*.

La edad, enriquecida por la sabiduría, y las buenas cualidades de algunas mujeres distinguidas por sus conocimientos, son reconocidas por los Faramán Ekue, los hombres de Ekue, como en el caso bastante reciente de Fermina Gómez, que todos admiraban, una ilustre Iyalocha o sacerdotisa del culto lucumí conocida en la religión por Eshu-Bí. Eshu-Bí fue madrina de los Efik Abarakó, en la ciudad porteña de Matanzas, donde el año 1958 existían unas treinta y pico de Potencias.

Fuera del Fambá — el cuarto de los Misterios — los *obonekues* no son misóginos como su numen y entre sus características puede anotarse su gran afición a las mujeres, quienes supieron darles tantas pruebas de su devoción y su astucia en aquellos tiempos en que el ñañiguismo era perseguido por la policía. Esta, a la par que cargaba sin consideración, con los jerarcas de la Potencia — en Matanzas, el Mokongo de Nseniyén fue hallado a punto de ahogarse, escondido en un baúl mundo, y le debió la vida y algunos días de cárcel, a un pedazo de su camisa que quedó fuera del baúl —, confiscaba los objetos del culto y no titubeaba en poner sus manos profanas en la santidad del propio Ekue. En varias ocasiones, Ekue, el Fundamento, fue salvado por mujeres.

Hace muchos años, la Potencia Otán Efor, en Regla, creyó perdido el suyo. La Autoridad se había presentado en el Plante que celebraban, y aunque muchos de los moninas huyeron, unos saltando las cercas, otros por los tejados y otros abriéndose paso por la calle, la policía, la maldita « jara », se llevó sus « féferes ». Féferes o tarecos son apelativos que nos sorprenden por lo poco respetuosos, pero que los ñañigos emplean con frecuencia para designar, nada menos que a los sagrados atributos del culto. Días después, cuando todo peligro había pasado y lloraban los Etán Efor la pérdida de su Ekue, la mujer del Iyamba de aquella Potencia, llamó a su marido y, sin darle la menor importancia, le dijo que fuese al gallinero que había allí una cosa que creía era suya.

En Matanzas, aún se recuerda que la hermana del Mosongo de la Potencia Mbemoró, una viejita que murió de ciento quince años, se encontraba vendiendo bollos en la acera frente al local que ocupaba esta Potencia cuando llegó la Policía, y al ver que ésta corría detrás de los ñañigos persiguiéndolos, entró en el Fambá y recogió el Ekue, que halló abandonado junto a la cortina del Fambayín, el Sancta Sanctorum. Volvió a su puesto, arrojó lejos de sí la banqueta en que estaba sentada y se sentó sobre el Ekue, ocultándolo entre sus faldas. A poco regresó la policía y se llevó todos los Fundamentos — tambores litúrgicos —, los cetros de los dignatarios y hasta el

Ekón, y la vieja sentada sobre Ekue, — como el mítico y ciego Iyamba que lo buscaba y Ekueñón, su lazarillo, lo tenía sentado sobre él — observaba tranquilamente toda la maniobra policiaca. Lo llevó después a su casa y lo escondió. Cuando apareció su hermano, le dijo que se hiciera cargo de un « tarequito » que había recogido en la Potencia.

Las Potencias « plantan » o « juegan », es decir, celebran sus ritos, una vez al año, aunque no todas pueden plantar anualmente, sino cuando su economía se lo permite. Muchas son pobres o han dejado de estar florecientes ; otras son muy pobres, sin que esto suponga menoscabo en su prestigio. Algunas poseen locales propios, como Mutanga e Isún Efor, y buenos panteones en el cementerio capitalino ; otras como Eforí Nkomo, Ekerewá Moní, Bumán, Ebión, Urianabón, Ndibó, Erón Ntate, Akamaroró y Erubé, disponen de terreno — *isarako* — suficiente para las necesidades del ritual en su aspecto exotérico como son las danzas de los *iremes*, las procesiones y otros episodios espectaculares y públicos de la liturgia ñañiga.

Las ceremonias que celebran tienen por objeto : rendir culto a Ekue, alimentarlo » y mantenerlo fuerte ; iniciar a los que han solicitado ingresar en la confraternidad (Juramento de Indísemes) ; exaltar a las dignidades del sacerdocio y gobierno a los *obonekues* que se han distinguido por su buen comportamiento e inteligencia (Consagración, Juramento o Reconocimiento de Plazas) ; fundar nuevas agrupaciones o « tierras », y a la muerte de sus individuos, el cumplimiento de los importantes e ineludibles ritos fúnebres, que procuran al alma del adepto Abakuá, una paz definitiva y segura en el otro mundo.

Se accede al ñañiguismo por determinación propia. Ekue no elige a sus servidores, como los dioses de los lucumí y arará o los espíritus de otros grupos bantús — congos — que continúan en Cuba las prácticas religiosas y mágicas importadas por los esclavos. Ekue acepta al que se compromete, como buen soldado, a cumplir fielmente los juramentos de su ley. Los « hijos de Santo » son reclamados, a veces, desde la más tierna infancia — en algunos casos aún dentro del claustro materno —, por divinidades que se poseionan de ellos, los « montan » o bien se valen de otros medios para manifestar su voluntad. No importa, como sucede tantas veces, que un individuo se niegue y aún proteste con todas sus fuerzas, a convertirse en un « caballo » — medium —, en un sacerdote de la divinidad que lo escoge, proclamando su incredulidad, su repulsa a esas « patrañas o atrasos de negros ». Su voluntad es nula. El Orisha se impone haciendo más frecuente el trance, dándole pruebas irrefutables de su poder, como la de enfermarle gravemente si se obstina en no entregársele y en curarlo tan pronto se « Asienta » y acata su voluntad. Podría decirse que a muchos negros de Cuba, — e incluyamos a algunos blancos — que desprecian como bárbaras y humillantes a su condición de civilizados las prácticas y los característicos trances religiosos de los cultos africanos, les sucede lo que a los griegos que despreciaban y se resistían a la expansión del culto tracio : Dionisio los castigaba ; la locura se apoderaba de sus mujeres. Obatalá, Shangó, Ogún o cualquier otro Orisha,

suele castigar tambien a nuestros descreídos, provocando no sólo en las suyas trances violentos, sino « montándolos » a ellos y humillaéndolos espectacularmente.

Ekue no « monta ». No elige. No busca... Se le va a buscar. Sin experimentar fenómenos extraños, van a buscarlo aún aquellos que se avergüenzan de confesar que son ñañigos.

Como nos explica un viejo, « Ekue conmueve ». Ejerce de lejos una atracción irresistible, provoca una exaltación misteriosa, entrañable, en el hombre que lo escucha. Un Isué nos cuenta, a su modo, la experiencia mística que determinó su vocación. Su relato no dista mucho, en lo esencial, de lo que otros nos han respondido al preguntarles por qué motivo se hicieron ñañigos.

« Yo era muy joven, y al acercarme por primera vez a un Plante, oí aquello que sonaba... *Aquello* me hizo sentir una emoción tan grande que me subió la sangre a la cabeza y el corazón se me puso a brincar en el pecho. Mientras más oía aquel ruido que salía como de la boca de un ser del otro mundo, más miedo, más espanto y a la vez alegría, me daba. Lo sentía en todo mi cuerpo, entrándome como un calor y un escalofrío al mismo tiempo. Recuerdo que me dije : ¡esto es lo mío! Y me atreví a preguntarle a un ñañigo viejo que tenía cerca, qué debía hacer para jurarme. El viejo me miró sonriendo y me contestó : — Pregúntele a su padre.

« Entonces, para ser ñañigo, debíamos tener permiso de nuestros padres. Aquella noche, en mi estera, seguí oyendo a Ekue. Pasó tiempo y no se me olvidaba. Los Diablitos seguían bailándome en la cabeza. Volví a otro Plante y sentí lo mismo, quizás con más fuerza, y unos días después, ayudando a mi abuelo a mudar de sitio a una puerca, mientras él le echaba calabaza y carne picada, le conté que había oído chillar a Ekue y que me había encantado. Como era de noche y no podía verme la cara, me aventuré a confesarle que quería ser ñañigo. Mi abuelo era carabalí brícamo ; me contestó que en su tierra para ser ñañigo había que ser muy hombre y demostrar que se era buen hijo. Mi abuelo era obonekue de Guinea. Los viejos observaban a los jóvenes sin que éstos se dieran cuenta. Si servían para Abakuá, uno de ellos se encargaba de preguntarle y le daban una esperanza. Quizás algún día serás ñañigo. Después de aquella conversación con mi abuelo, otro viejo carabela suyo le preguntó a mi madre si tenía quejas de mí. Ella le respondió : Mi hijo morirá con los ojos cerrados, porque nunca ha faltado a Dios ni a mí : el que faltó a su madre le faltó a Dios. Yo doy mi consentimiento para que sea ñañigo.

« Sin saber de esa conversación, le dije a aquel mismo viejo que tenía necesidad de jurarme, de acercarme, pronto, al Fundamento. El viejo me llevó a presencia de mi madre, que estaba en la cocina friendo plátanos y le dijo : Este muchacho quiere jurarle a Ekue. Tu eres su madre. El es un hombre. Si tu consientes, lo que hay que ver es que pague las cuotas. Mi madre, que respetaba mucho la religión de Ekue, le dijo que ella me daría el dinero y agregó ; pero yo quiero saber también, como madre, si estás contento con

mi hijo, si puede servir... !Ya lo creo! le contestó el viejo. Eso es para hombres y él es un hombre. Es formal, no tiene falta. En eso apareció mi padre que estaba en antecedentes y resolvió : Que sea ñáñigo. Es nuestro hijo y está educado en lo nuestro. Lo importante es que pague y pagará. Y a los pocos días juré. ¡Se nace para ñáñaíto! » concluye este Isué.

Alguna vez al preguntar por qué se aspira a participar en los Misterios Abakuá, se nos ha respondido que « para ser más hombre que los demás hombres », o « porque al estar en contacto con los ñáñigos se desea ser ñáñigo ». Otro Abakuá nos dice que « para no andar de baracutey »¹, como fué su caso, y nos cuenta : « Llegué a la Habana solo, triste, sin parientes ni amigos. Me enfermé, pero me encontré un ñáñigo que me protegió. Le agradecí el bien que me había hecho y pensé : lo que me ha contado de su religión es bueno. El me dijo : usted es un hombre serio, y lo que le hace falta es Akanarán, madre y familia. Si jura Abakuá y se vuelve a enfermar la Potencia lo atiende, le da lo que necesita. Si se muere lo entierras. No abandonan a los muertos. Todos se lloran en la Sociedad. Y me hice ñáñigo para tener hermanos y familia ».

Muchos, sin embargo, se juramentan por el más grosero materialismo ; « las rumbantelas, la guapería, las trifulcas, el lucirle a las mujeres, la música bonita, el baile y el aguardiente llevan a muchos al ñáñiguismo ».

Se solicita de un « monina » o de un dignatario, su admisión en el « juego » de su preferencia. Este lo propone en junta y es aceptado o rechazado por mayoría. Si es aceptado deberá depositar, cuanto antes, el dinero estipulado para pagar el costo de la iniciación. Sin embargo, en « juegos » serios y con hombres responsables en su jefatura, no se obtiene tan rápidamente la admisión. El candidato o los candidatos, aceptados en principio, deberán esperar algún tiempo, durante el cual serán observados muy de cerca por la Potencia, aunque se supone que un ñáñigo que se respete no apadrinará a quien no sea digno de formar en las filas de los hombres de Ekue. Dos o más moninas se encargarán de espiarle. Desgraciadamente no son pocos los Partidos que no investigan la vida ni los antecedentes de los aspirantes, aceptan al primero que se presente y lo inician de hoy para mañana sin someterlo a prueba, sin parar mientes en su conducta aún cuando ni siquiera llene el requisito de la mayoría de edad, de rigor en muchas « tierras ». « Lo que les importa es cogerles el dinero, y para eso cualquiera los garantiza ».

En el Calabar, nos decía C. H., se iniciaba a los dieciocho años. No pocos *obonekues*, en edad temprana, pero bien dotados y dignos de que se les concediera tal honor, han obtenido Plazas en sus Potencias. A propósito nos cuenta un famoso ñáñigo matancero : « Juré a los dieciocho años, y dos años después, poco más o menos, por mi buen comportamiento, los viejos me reconocieron Plaza. En aquel tiempo ningún joven podía dar a entender que

1. Estar solo y sin familia.

aspiraba a ser Plaza, porque no se la daban. Una tarde un viejo, una de las cabezas de mi Potencia, me dijo : « Hijo, esta noche hay junta y usted no puede faltar. Yo estaba en la sala de la casa que tenía nuestro « juego », y en el patio, tres viejos secreteaban sentados en un banco de madera. Uno de ellos, Ta Pelayo, me llamó : Venga acá, hijo. Sienta aquí. Yo no me atrevía a sentarme con ellos. ¡Sienta! Yo manda que sienta. Y, ¿sabe por qué? Nosotros aquí como tre, y pa sé firme como ete banco, necesita una pata má. Nosotros po mayoría de tré designamo a uté, cuatro, po que uté e bueno y entodavía tiene que se mejó. Usté son muchacho hoy, pero usté son hombre mañana. ¿Ta de acuerdo? »

« ¡Como no! Pero no entendí de pronto. ¿Querrían decirme que de los tres jefes de la Potencia, que eran ellos, faltaba uno, la cuarta pata del banco — el Isunekue que se había muerto — y que pensaban en mí para cubrir aquella Plaza? ¡Era demasiado para un hombre tan joven! »

« Amarrado al banco había un gallo. Lo cogieron, me llevaron al Fambá, le arrancaron la cabeza, derramaron la sangre en un copón con agua bendita, aguardiente, vino seco y un crucifijo dentro. Revolvieron aquel líquido con el cabo del crucifijo y Ta Pelayo me lo alargó : Beba y hable con ese crucifijo ahí dentro y diga que usted va a ser mejor cumplidor de lo que ha sido. Mire hijo, que usted puede engañar a nosotros, pero a Dios, no. Y si Dios no le castiga, usted va a ser aquí hombre grande. »

« Juré, hablé con Dios, me hicieron beber tres sorbos de aquella bebida y una semana después, plantaron y me juraron Isunekue. ¡Hace sesenta años! »

No obstante, sobre el capítulo de la edad eran muy cuidadosos los antiguos, observará otro ñañigo. He conocido uno, de pasado turbulento, iniciado a los quince años cuando abandonó la casa materna para entregarse como un loco, nos decía él mismo, a la mala vida y a la ley de la navaja. Hoy es un viejo de cabellos blancos y Koifán apacible de su Potencia. A un muchachejo, a menos de señalarse como una excepción extraordinaria por su buen juicio y seriedad precoz, no se le debe admitir en la orden bajo ningún concepto. La ligereza e inexperiencia del imberbe suelen dar malos frutos que redundan en perjuicio de la Potencia.

En cuanto a la consagración de niños, sólo se nos ofrece un precedente en la historia del ñañiguismo en Cuba, por cierto, con resultados desastrosos : el Iyamba de una « tierra », Odán Éfic, en Matanzas, Eufemio Silveira, tenía un hijo pequeño. Antes de morir, este Iyamba rogó a sus hermanos en religión, que iniciaran a su hijo, que contaba cinco a seis años de edad. A los ocho o nueve meses de muerto el Iyamba, se reunieron los hombres de la Potencia y a iniciativa de un amigo íntimo del difunto Silveira, concacaron a la criatura y lo reconocieron como sustituto de su padre. Poco tiempo después, su madre se instaló en el pueblecito de Limonar donde el niño creció, se hizo hombre y tenía abierta una sastrería. Al cabo de veinte años o más, había olvidado o fingía olvidar aquella ceremonia de la que su madre jamás le había vuelto a hablar. Pero sucedió que al cabo de los años,

la Potencia Odán Efik necesitó su presencia para un baroko y varios okobios se trasladaron a Limonar para hablar con su Iyamba.

Trataron de reavivar su memoria, de explicarle, de llevar a su ánimo que él era el rey, ni más ni menos que el Iyamba de los Odán Efik, el heredero de su difunto padre. Pero aquel hombre repetía indignado :

« — ¿Qué es eso? ¡Yo no sé nada de eso! Yo no he querido ser ñáñigo y no soy ñáñigo aunque ustedes se empeñen. »

« Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, mandó a buscar la policía y los denunció : — Estos negros han venido a buscarme para asuntos de ñáñiguismo Yo soy una persona decente y de ningún modo consiento que se me confunda con los ñáñigos... »

Los hombres se marcharon avergonzados. Y muy merecido que los tratara así, comenta mi informante, porque no debe iniciarse a un niño, ni la ley Abakuá lo consiente.

La Potencia debe proceder con rigor, a la antigua, sometiendo al aspirante a todo género de indagaciones que se practican secretamente por un período de tiempo que puede prolongarse lo que estime necesario y no a la moderna, sin las exigencias que eran tan provechosas al buen desenvolvimiento y al prestigio de la Sociedad. Entregada de antemano la suma que cuesta su juramento — ésta fluctúa según las « tierras », en relación con su seriedad o su criterio —, se le comunica al aspirante la fecha en que se « plantará » para iniciarlo, habitualmente con otros en número que no podrá exceder de siete.

Cuando ha pasado por las pruebas de la iniciación, que hoy no son terribles, y ha prestado siete solemnes juramentos, como veremos, la Potencia que lo recibe, pasa un oficio a todas las demás, para que sea reconocida en todas su condición de *obonekue*. La redacción de estos oficios es más o menos la siguiente :

« Sabed que el Portador de la presente ha sido jurado *obonekue* y que ha pagado sus derechos a entera satisfacción de sus hermanos y por esta razón lo reconocemos como tal. En testimonio de lo cual expedimos este certificado, y para que no pueda servir ni pertenecer a ningún otro juego, se lo hacemos firmar ». Firma también el Mokongo de la Potencia.

Los individuos de cada Potencia le pertenecen exclusivamente a ella ; no pueden formar parte de otra a menos que funden un nuevo juego apadrinado por ésta, que mantendrá las mismas relaciones de un hijo para con su madre. Sí pueden asistir, en calidad de invitados y testigos, a los « Plantes » de las demás.

Si comete algunos de los delitos que condena la justicia Abakuá, ninguna otra Potencia recibirá al culpable. Será inútil que toque a la puerta de otros Partidos. Y lo que reza para el simple *obonekue*, condenado a pena de suspensión temporal o definitiva, es extensivo al indiabón, al jerarca. El ñáñigo sólo presta dos juramentos solemnes en su vida : al nacer en la religión y al otorgársele una Plaza. Es decir, que existen dos grados de iniciación.

Como una irregularidad memorable se nos cuenta lo sucedido hace muchos

años a un Iyamba de Efik Kunakuá, quien disgustado con su juego, formó uno nuevo, Ekuere Bión Efor, del que pretendía ser también Iyamba. Debían apadrinar la nueva agrupación los de Ará Okón. Pero éstos, por burla, sin intención de apadrinar la Potencia del Iyamba, lo demoraban con el fin de que los animales que aquél había comprado para el sacrificio, se muriesen. En este punto las cosas, el moritificado Iyamba consultó a un sabio obonekúe, que a duras penas logró explicarle que jamás, desde los orígenes de Abakuá, se había consagrado un Iyamba dos veces. De mala gana acató su dictamen, pero a los pocos años, aquella nueva Potencia, que se regía por Mosongo, lo consagró Iyamba secretamente, sin atreverse a participarlo a ningún otro Juego, y el pobre hombre se creía el más ilustre Iyamba de todos los Iyambas de Cuba.

Al fin, forzados por las circunstancias, llamando a junta general a todas las Potencias matanceras, se expuso francamente aquel caso insólito, deplorable, « anticonstitucional », sobre el que dieron su opinión muchos ñañigos notables, y un Isué de raza blanca dirimió la cuestión.

¡Jamás en Guinea, en Bekura Mendó, sucedió nada semejante que sirviera de precedente!

El doble Iyamba adujo que hombres ilustrados... lo habían convencido para consagrarse dos veces.

« Al llegar a ser Iyamba, la más alta jerarquía, intervino pausadamente el viejo y respetado Gaytán, ya no podía usted ser más en esta religión. Dígame. ¿Qué sucederá el día de su muerte? ¿Cuando Abasí disponga de su vida, van a despedirlo dos Potencias a la vez? ¿Cuántas personas es usted al mismo tiempo? Por ambición de grandeza se dejó usted inducir a un error muy peligroso. ¡Muy peligroso! »

El Iyamba, aterrado, insistió en echar toda la culpa a sus amigos, que lo llevaron a cometer tal absurdo.

« Pues bien, insistió el viejo, yo quiero que esos señores nos expliquen qué iban a hacer con su espíritu el día de su muerte, porque usted no tiene dos espíritus, usted tiene un solo espíritu. »

El vanidoso Iyamba de esta historia, Manuel Falero, puede servir de ejemplo como una víctima de la megalomanía que, acompañada por la arrogancia, sufren muchos ñañigos y es causa de las transgresiones y sacrilegios que suelen observarse en las Potencias. ¡Todo ñañigo desea ser más grande que el otro! Por este espíritu de arrogancia y de ambición, por esta vanidad desmedida, no ha sido siempre muy fraternal, o por lo menos amistosa, la actitud que asumían entre sí las Potencias, sobre todo en el pasado, cuando además, odios y rencillas que tenían su origen en la tierra natal, culminaban en venganzas mortales.

Esos odios y rivalidades han ensangrentado muchas páginas de la historia del ñañiguismo entre los criollos, negros y blancos, y no es raro que aún hoy, la voz ñañigo sea sinónimo de violencia, petulancia y sangre, e inspire temor.

En fin, para « plantar », reunirse todos los que componen el Okobio o sacer-

docio de una agrupación, con el fin de celebrar los ritos y desfilan en la procesión y bailar en la fiesta Abakuá, se solicita de las autoridades un permiso escrito que los ñañigos llaman en su lenguaje secreto, Afanipá mukarará afia besón wanekón.

El gran día llega para los aspirantes ; « el día de la gran emoción », de la experiencia interna e intraspasable, en que un hombre, sumido en la oscuridad durante varias horas, firma en el cuero del tambor Ekue un pacto eterno con seres sobrehumanos y puede penetrar, sin riesgo, en el mundo del misterio. Se asoma al país de los muertos y establece contacto con ellos. Al anunciársele al neófito esa fecha que será trascendental para él, se le advierte que debe privarse de todo contacto con mujer.

El día del Plante, a las doce de la noche, como en los Misterios Eléusicos, Nasakó, el mago de la fraternidad, prepara y limpia con sus hierbas depurativas el santuario, asegura mágicamente sus esquinas y su puerta. Se purifican los oficiantes y los objetos sagrados, y se colocan en el altar o Bakankubia, en el Fambá, para « romper », comenzar, la liturgia a la mañana siguiente, a las seis, con la incorporación del Espíritu al tambor, prolongándose hasta las seis de la tarde, cuando el sol se oculta. Las ceremonias han de tener lugar de día, explicaban los carabalís Ichané Menendez y Serafín Yoto, por que Sikán pasó su última noche cautiva en el monte y fue sacrificada a la salida del sol. En muchas Potencias matanceras, muy tradicionalistas, practican la purificación del templo y de los atributos a las tres o las cuatro de la madrugada ; a las seis « llaman », invocan al Espíritu y « traen la voz » (el Espíritu se posesiona del tambor) y a las cuatro o cinco de la tarde desfila la última procesión de dignatarios, para « cerrar », terminar, a las seis.

Mokongos criollos alteraron el verdadero horario litúrgico, que se cuenta de sol a sol. Para mayor lucimiento y duración de la fiesta, se « rompe » a las doce de la noche, y de noche se inicia a los neófitos ; lo cual, de creer a algunos viejos, no es canónico.

Escogido el local donde va a celebrarse el ritual, que debe estar situado en un lugar alejado de la ciudad y contar con un terreno amplio y sembrado de árboles — no debe faltar en éste una ceiba o una palma — y, si es posible, no lejos de un río, como en el Pocito, en el municipio de Marianao y en la villa de Guanabacoa, o en Regla, a la orilla del mar y en la Habana, o en Matanzas junto al Estero en los barrios vecinos al río. Mas si la Potencia carece de casa propia o no dispone permanentemente de una arrendada, la alquila especialmente para la celebración del Plante y lleva a ésta los atributos, que los dignatarios guardan en sus domicilios.

Si no es posible obtener en alquiler una casa que reúna todas las condiciones que hemos indicado, basta con que ésta posea un salón suficientemente grande para instalar el Butame o Fambá, y un patio. Como no siempre se hallará una ceiba o una palmera en su patio, los signos bastarán, con su mágico poder, para suplir su ausencia. Un símbolo es una realidad.

Preparación en el Fambá, del altar y de los atributos sagrados.

La hierocracia de la Sociedad, Iyamba, Mokongo, Isué, Isunekue, Mpegó, Ekueñón, Nasakó, Ekueúmbre, Nkrikamo, Mosongo, Abasongo, Eribangandó, Nkóboro, Nkanima, Mbákara, descalzos y sin camisa, colocan el altar en la sala o habitación destinada a Fambá. Las proporciones del altar o de una mesa que lo supla, han de permitir que los atributos no queden hacinados. Todos éstos, menos el Fundamento ¹ y el Santísimo, que se guardan cubiertos por un género blanco, en el espacio destinado en un ángulo de la habitación, a ocultar a Ekue tras una cortina, se colocan frente al altar, en el suelo, junto a los « derechos ». A saber : yeso blanco y amarillo, cascarilla de huevo, carbón vegetal, mazos de leña, incienso de gloria e incienso de costa ², pólvora, sal, pimienta de costa, jengibre, maní, ajonjolí ³, jutía ahumada, pescado ahumado, albahaca ⁴, escoba amarga ⁵, anamú ⁶ romero de costa ⁷, cogollos de ceiba ⁸, limo de río, limo de mar, cañas dulces, plátanos verdes, ñames ⁹ velas, tabacos, cocos secos, güines o cañas de Castilla, tres huevos de gallina, aguardiente de caña, vino seco, agua bendita, gallos, una cazuela grande y tres chicas, dos tinas, una tinaja de tamaño regular y una teja de barro.

Se ordena encender un carbón para quemar incienso en la teja de barro y el Nasakó, tomando dos yesos en la mano, de pie frente al altar y a los dignatarios, pronuncia las palabras rituales que significan, en resumen : Oremos a Abasi, a los dioses antiguos de los *brikamos* y a los muertos.

Los *okobios* se arrodillan y cantan en coro a los dioses antiguos Tacho, Natacho y Anaberetacho.

Se ponen de pie y el Nasakó, tomando en su mano el incensario ñáñigo (una teja sevillana) traza en ella una cruz con yeso amarillo. Mientras va marcando, canta y los dignatarios salmodian. Entrega la teja a uno de los circunstantes para que deposite en ella el incienso. Auxiliado por su ayudante Ekueúmbre y por Nkanima — representación de un espíritu selvático, cuyas funciones sacerdotales consisten en llevar las limpiezas y los

1. En todos los cultos africanos en Cuba, Fundamento es « raíz, principio y origen de alguna cosa inmaterial ». Así se les llama a las piedras habitáculos de los Orishas y a las cazuelas de Ngangas. Toda cosa que es objeto de culto, porque en ella se incorpora un dios o un espíritu, es un Fundamento.

2. *Tournefortia gnaphalodes* (L.) R. Br.

3. *Sesamun Indicum*, L.

4. *Ocimum Basilicum*, Lin.

5. *Portenium Hysterophorus*, Lin.

6. *Petiveria Alliacea*, Lin.

7. *Rosmarinus Officinalis*, Lin.

8. *Eriodendron confractuorum*.

9. *Dioscorea alata*, Lin.

tributos al monte — toma un mazo de escoba amarga, de grandes virtudes mágicas, y comienza a purificar el Fambá por el ángulo izquierdo de la habitación, cantando, y con él todo el Okobio ¹.

Terminada esta primera operación, Nasakó toma un gallo y despoja el Fambá de máculas y de malas influencias por medio de pases en las paredes : *Nkiko Dinándina. Nkiko bagarofia. Nkiko !asarapanyogó!* (Gallo, llévate lo malo. !Fuera de aquí lo malo!) conjura cantando.

Luego Ekueúmbre, se llena la boca de aguardiente y rocía las paredes y los ángulos de la habitación mientras todos cantan en coro. Otro auxiliar repite esta operación « que fortalece el cuarto » con el espíritu del alcohol, pulverizando esta vez con vino seco y cantando. Se asperja el agua bendita con un ramo de albahaca y por último alguien, o el mismo Nasakó, toma la teja donde humea el incienso y fumiga abundantemente el recinto, deteniéndose en los ángulos. Al asir la teja, y mientras incienso, Nasakó canta.

Purificado el Kufón Abasí o recinto sagrado, Nasakó y su auxiliar Ekueúmbre proceden a preparar el agua lustral, que contiene aguardiente, vino seco, agua bendita y las llamadas Siete Hierbas Buenas de Nasakó — la Wemba — en dos tinas, con un huevo en cada tina. Una de ellas se lleva al Fo-Ekue o apartado del Fundamento y la otra se coloca frente al altar. Aquí, junto con Nasakó actúa Ekueñón, el Mutié o verdugo de la Potencia, que desempeña en ésta oficios muy importantes : es quien, con su tamborcillo llama al Espíritu en el monte y lo trae al santuario ; le incumbe todo lo relativo al sacrificio y prepara la Mokuba o bebida sacramental y la administra a los neófitos y *obones* al consagrarse. Ekueñón reza y los « hombres de Ekue » le responden. A esta oración contesta el Moruá o Cantante de la Potencia, entonando un canto que repiten en coro los demás.

Los adeptos, mientras se depuran lavándose la cara, la nuca, los brazos y el pecho con el Eromomo — nombre que recibe también la preparación de Nasakó — cantan todas las oraciones que se relacionan con el acto de purificarse. Las purificaciones, « limpiezas », son por cierto muy frecuentes. Una vez limpios, Nasakó toma el gallo y purifica a los *obones*, las Cuatro Cabezas o Jefes ² ; luego a las Plazas secundarias y por último a los *obonekues*. Verificada la limpieza de lo que llaman los ñañigos « el personal del juego », Mpegó toma los dos yesos litúrgicos y otros moninas o cofrades, el aguardiente, el vino seco, el agua bendita y la teja. Se oye la voz de Mpegó, el Escriba encargado de trazar los signos sagrados, decir tras la puerta que da acceso al Fambá : *¡Jeyei baribá ribá nkamá!* (Pongan atención que voy a hablar). Le responden : *¡Ya yo!* Y recita una larga oración.

Mpegó traza con yeso amarillo el círculo Arakasuaka, emblema de Mokongo, sin el cual la Potencia no puede realizar ninguna función. Esto es lo que proclama el canto que acompaña la acción de Mpegó : *Achabiaká Mokongo, Mokongo Bekonsí, Mokongo Machébere*. (Mokongo es grande, Mokongo es

1. Okobio u okorio : Dignatarios. y personal de una Potencia.

2. « Obones », (de Obon) Jefes : Iyamba, Mokongo, Isué, Isunekue.

poderoso, su signo autoriza el Plante y da validez a los ritos. Sin su consentimiento no hay Plante).

Con yeso blanco, Mpegó retoca el emblema cantando y le pulveriza agua ardiente y vino seco, lo « refresca » — este es el objeto del agua bendita, Umón Abasí, « agua de Dios » — y por último lo sahuma. Cada vez que Mpegó traza un signo, éste será purificado en la forma descrita.

En la parte exterior de la puerta, acompañado por un *obonekue* que sostiene una vela encendida, Mpegó pronuncia otra oración y dibuja con yeso amarillo el emblema del Fambá.

Adentro, el Moruá, que en este momento se llama Moruá Eribó Ngomo, y Yuansa — el cantador, que responde a los cantos junto al Bonkó en la orquesta de tambores de las fiestas — se ocupan de marcarles sus signos a los *obonekues* y a los dignatarios. Después Mpegó se sitúa en el centro del Butame, — templo — y con los yesos en la mano reza y dibuja en el suelo, con el yeso amarillo, el diagrama Oruna Akua Abasí. El Okobio vuelve a cantar en coro. Inmediatamente después lo retoca con el yeso blanco, y el coro, cada vez que es utilizada la tiza blanca, repite : *Unarobia, sanga narobia*. (Mi salida el día que muera) ¹.

Terminado el trazo para la purificación de los Atributos, Iyamba ², el rey de la Potencia, y su ayudante Ekueñón ³, se dirigen al Fo-Ekue, donde está la otra tina con el Eromomo para lavar el Fundamento y dice Nasakó : *!Jeyei benkamá! Anasakó umpabio borina Ekue efori brandi Mosongo Moñongo Pabio*. (!Atención! Con la potestad que nos confieren las « Prendas » vamos a lavar nuestro Fundamento). Iyamba levanta a Ekue ⁴ y lo presenta ante la tina. Ekueñón canta : *Ekue asukiabé maribó besuaka* (Nuestra Madre va a purificarse). Iyamba lo introduce en el agua y Ekueñón canta de nuevo : *Ekueñón sokabia nandibá Nasakó ababetón Bongó sokabia*, (Nuestra Madre está en la orilla del río sagrado).

Iyamba lo retira de la tina de Eromo y enjuga su exterior con un género blanco, cantando. Mientras dura esta operación se entonan otros cantos que aluden a la purificación de Ekue y al Pez sagrado. Al secarse el interior del tambor se añaden otros que se relacionan con este rito. Enteramente limpio, pulverizado con los alcoholes, asperjado, sahumado y signado, Ekue se traslada al ideograma *Oruna Akua Abasí riri*.

¡O Bongó eruka meñón! (¡Ya está limpio el divino Tambor!) exclama el Okobio, e Iyamba, Nasakó y Ekueñón lo sostienen por cada una de las tres patas que componen su base y lo trasladan cubierto por una tela blanca.

1. Se refiere a que ese día sólo se utilizará el yeso blanco en la ceremonia fúnebre, « Nampe », con que las potencias despiden el espíritu de los « moninas » o cofrades.

2. Sacerdote máximo porque produce la voz divina, tañe a Ekue.

3. Ekueñón, El que alimenta a Ekue, derramando sobre su parche la sangre de los sacrificios, es « esclavo de Ekue. »

4. Ekue es la materialización del Espíritu que asumió la forma de pez, por eso quiere decir pez y también tambor.

Este corto trayecto se acompaña con otro canto. Lo colocan en el centro del círculo mientras Moruá *nkamá*.

Comienza ahora la purificación de los demás tambores y objetos sagrados. Nasakó toma el Mpegó, el tambor del Orden¹. Limpio ya, se dibuja en su parche por dentro y por fuera, el mismo signo del Fundamento y se coloca sobre el Ekue. Se purifica después el tambor Ekueñón, se le traza en ambos lados del parche una cruz, y en los espacios los cuatro círculos de Efor, y se coloca sobre Mpegó. En el Nkríkamo, que se pone sobre Ekueñón y es el más pequeño, se dibuja una cruz con un losange en torno. Corona esta estructura el Santísimo Sese Eribó, el Tambor en forma de copa que figura el güiro en que Nasakó depositó la cabeza de Sikán cuando ésta fue sacrificada, « que es símbolo del Ser Supremo y de la Madre Naturaleza » y útil de la consagración, como veremos más adelante.

Nasakó ejecuta entonces la purificación de los Palos, es decir, de los Cetros o Bastones de mando — Itón — que simbolizan respectivamente, la autoridad de Mokongo, vulgarmente el « Palo Mokongo », el de Abasonga, la soberanía de la Potencia y el de Mosongo, la justicia de Ekue, su omnipotencia. En cada itón, Mpegó traza el anaforuana o emblema de los dignatarios que ostentan estos cargos, y se colocan apoyados en el Sese Eribó.

Los *muñón*, *chéchere* o *beromos*, las plumas que representan la jerarquía de los cuatro *obones* o jefes de la Potencia y los espíritus de los cuatro primeros *obones* de la primera Potencia, se ponen juntos sobre el Sese Eribó. Sólo falta por limpiar la « música », como llaman los ñañigos a los *nkomos*, es decir, los cuatro tambores, contando con el Bonkó, el mayor de todos, que toca fuera del Fambá en la fiesta del Plante, en los patios o en los terrenos que circundan las Potencias y a la que tiene acceso una concurrencia profana ; Erikundi, las maracas Abakuá, el Ekón, campana de hierro triangular o tubular, sin badajo, que se percute con un palito de madera dura, y por último, el Efemiremo o Akanawán, el traje del Diablito, del Ireme, que reviste el dignatario que oficia en los ritos de iniciación y en la consagración de Plazas. Estos son los objetos del culto que, en conjunto, reciben también el nombre de Potencia. La purificación se termina con una explosión de pólvora que barre definitivamente con todo residuo de mácula y, por supuesto, con cualquier espíritu indeseable. El Nasakó la extrae de un cuerno de toro y la extiende sobre las líneas del trazo y el círculo.

Moruá canta acompañado del coro y recita los títulos del hechicero : *Nasako Umpabio Eñón Kanima*, *Nasakó Borina Eñón Kanima*, etc...

Nasakó lanza varias bocanadas del humo de su tabaco a la pólvora esparcida sobre los trazos, se sitúa en el extremo de la perpendicular cruzada por las dos flechas, y en la lengua esotérica de la sociedad, declara que todo está puro para recibir la Voz Divina, limpio el Bongó ; que va a lanzar fuera

1. Los ñañigos lo consideran tan sagrado como el mismo Ekue, al extremo que lo llaman Ekue Mpegó o Ekue Ereniyó : el Ekue que puede ser contemplado, « y es casi igual al Fundamento ».

las malas influencias, y enciende la pólvora con el fuego de su tabaco. Los atributos, envueltos en el humo depurador, se dejan sobre el signo hasta que Moruá prorrumpe a cantar y se entonan por tiempo indefinido los cánticos relativos a la purificación del Bongó.

Los oficiantes descansan mientras Mpegó ora frente al altar, los yesos en la mano, en un gesto ritual. El Moruá canta entonces, mientras Mpegó sube al altar con los yesos en la mano, y repite el mismo gesto y sigue rezando. Luego traza sobre la cortina que cuelga en la pared, haciendo fondo al altar, los emblemas de los cuatro *indiabones* o jerarcas de la Sociedad. Moruá y el coro irrumpen con un canto. Mpegó comienza trazando el emblema de Mokongo, y Moruá, seguido del coro, entona las alabanzas del jefe de los *abanekues*. Mientras Mpegó dibuja el símbolo Arakasuaka, Moruá y el coro siguen cantando, y cuando repasa el yeso amarillo con el yeso blanco el coro repite : *Unarobia Sanganarobia*. Inmediatamente dibuja en el centro de la cortina el emblema de Isué, junto a éste el de Iyamba y bajo el emblema de Mokongo traza el suyo y dice : *¡Jeyei benkamá! Mpegó Mogobión Akari*, etc...¹. Moruá enumera entonces los títulos de Mpegó y todos cantan. Con la oración correspondiente, Mpegó dibuja debajo del emblema de Iyamba el de Abasí (Dios), cargo puramente honorífico que ostenta en la Potencia algún anciano.

Los tres emblemas reciben las consabidas pulverizaciones de aguardiente y vino seco, rociadas de agua bendita y mucho humo de incienso.

Mpegó desciende del altar. En el costado izquierdo de la mesa, o en lo bajo de la cortina, traza la « fimba », firma, de Ekueñón, junto a ésta la de Nasakó y luego la de Isunekue, y se rocían los tres emblemas con aguardiente, vino seco y agua bendita y se sahuman. Ya terminada « la escritura del altar », Mpegó se dirige al interior del Fo Ekue.

Con frecuencia, para ganar tiempo, mientras Mpegó « raya », dibuja, los signos en el altar, Moruá u otro *ekobio* se ocupa de marcar las ofrendas y las cazuelas, todo menos la tinaja.

En el Fo Ekue o espacio angular en que se oculta a Ekue, Mpegó traza en el suelo una parte del signo Nandibá Mosongo, sólo hasta la cortina que lo limita. El resto lo dibujará después, ya que los que presencian la Consagración lo borrarían con los pies. Y reza al trazarlo.

En algunos « juegos », luego de dibujar el trazo de Iriongo, dibujan en uno de los lados de la pared, los emblemas de los cuatro jefes u *obones*; pero esto es potestativo, ya que sus emblemas aparecen en el altar, en la cortina, y los de Iyamba, Mokongo e Isué, en las patas de Ekue.

No olvidemos que todo signo se traza con la tiza amarilla y se retoca con la blanca, murmurándose : *Unarobia sanga narobia*; se pulveriza primero

1. Cada vez que un dignatario comienza una oración debe decir : *¡Jeyei!* — atención — *Bara baribá benkamá* — que voy a hablar.

con aguardiente de caña ¹, después con vino seco ², se « refresca » asperjándolo con agua bendita ³ y se incienso cantando al mismo tiempo : *Sáumi, saúmi saúmio* ⁴.

El Mpegó toma después la tinaja simbólica, la lleva al altar, la levanta y pronuncia una larga oración alusiva al origen mítico del culto de Ekue. Traza en el frente de la tinaja el signo Sinayantán y en el fondo la cruz con un círculo en cada uno de los cuatro espacios.

El emblema de Mokongo representa el fondo de la tinaja o de la calabaza que usaba la Sikanekue para llevar el agua del río.

El acto de « rayar » la tinaja se desarrolla cantando. Pero ésta no se rocía con alcohol ni con agua bendita. Se coloca en primer término con los tributos ante el Iriongo, hasta que se lleva a éste el Fundamento.

Comienza después Mpegó a marcar los atributos, que están dispuestos en la forma ya descrita, en el Orunakuá. Toma su tambor, el Ekue Mpegó y recita una larga oración antes de trazar en la cara exterior e interior del parche el signo de Ekue. En ese momento Moruá y el coro repiten varias veces un canto. Mpegó retira su plumero y le marca en el cabo una crucecita. Se aleja y se planta en la puerta en actitud hierática, sosteniendo en alto el plumero mientras recita la oración correspondiente. Y coloca el checheré o la pluma en su tambor. El coro murmura : *Un checheré Muna, Un checheré Muna*. (Plumero sagrado).

Con el tambor Mpegó, el Obón Mpegó ordenará todos los ritos e impondrá silencio y respeto cada vez que sea necesario, golpeándolo tres veces con viveza. De ahí que se le llame el Tambor de Orden.

Mientras continúa marcando los otros tambores de Honor o de Fundamento, el Ekueñón y el Nkrikamo, Moruá Eribó sostiene el tambor Mpegó, y en su ausencia, lo hará Kundiabón, el tesorero de la Potencia, ayudante de Mokongo.

Mpegó alza los trajes de los ñaitos o ñañas — *íremes*, fantasmas —, los « trajes de Fundamento », que son los de Nkóboro y Eribangandó. Reza y les traza su emblema en la espalda — y una cruz entre cuatro círculos — en el Isún o careta, en el Musón o sombrereta y dentro de los *eromó*, mientras el coro canta. Entrega los trajes a quienes desempeñan los cargos de Nkóboro y Eribangandó, que se retiran con ellos para figurar más tarde en la procesión y officiar en las ceremonias. Un *abanekue* nos advierte que algunas Potencias sólo colocan en el Oruna Akuá, el *efomiremo* o traje de Nkóboro, lo que él considera fuera de regla, ya que Eribangandó, lo mismo que Nkóboro, officia en la consagración, el uno purificando y el otro cuidando de que se cumplan los ritos.

Mpegó, una vez signados los trajes rituales, toma el tambor Ekueñón, lo

1. Okere Mimba.

2. Okere Besuae.

3. Umón Abasí. Al decir *Umón ñenirén Kamareré Abakuá*, evocan el río Kamareré en cuyas márgenes se originó el culto de Ekue.

4. Saumio, incienso.

presenta, ora y lo marca como ha hecho con los demás Fundamentos, pero sólo con yeso amarillo. Traza la cruz en el penacho, vuelve a rezar, y entrega a Ekueñón la sagrada varilla adornada de negras plumas de gallo o de plumas blancas, en la que mora el espíritu del primer Ekueñón, por lo que los Muñones o penachos sólo se dibujan con el yeso amarillo, color de la vida. El espíritu es imperecedero. Ekeuñón lo coloca en su tambor. Toma y presenta la de Nkríkamo con un rezo, traza los signos mientras el coro canta, y lo entrega a Nkríkamo. Toma el Muñón y lo presenta. Al dárselo a Nkríkamo éste lo sostiene verticalmente en la mano y no lo fijará en su tambor hasta que los *indiabones* o jefes, no coloquen los suyos en el Sese Eribó.

Mpegó procede a signar los *itóno, cetros*. Comienza por Mokongo, lo presenta, reza y traza en la empuñadura el emblema de Mokongo. El coro canta y él lo entrega a Mokongo. Toma el Itón o bastón de Mosongo y procede en la misma forma y por último el de Abasonga, recita su oración, dibuja el emblema junto al regatón y se lo entrega.

Presenta entonces el Crucifijo¹, le traza la cruz y los cuatros óvalos, sólo con yeso amarillo, y se lo entrega al Abasí. El coro canta : *Erendió Abasi Bomé*. (Dios Todopoderoso).

Toma el Bonkó, el tambor de mayores proporciones de la Potencia, Fundamento de Efik consagrado por los Efó, recitando una larga oración, marca ambas caras del parche y entrega el Bonkó al Moní Bonkó, al *obonekue* que lo tañe. Cada operación que ejecuta es acompañada por un canto del coro. Después signa los tres tambores, el Binkomé, el Obiapa y el Kuchiyeremá, que están en el suelo, y recita otra oración.

Mpegó emplea solamente el yeso amarillo para marcar el Ekón, la campana litúrgica, sencilla o doble — «jimagua» — provista de un mango para sostenerla y que se hace sonar, como se ha dicho, con un palito. Es un instrumento sagrado, pues fue el primero que captó el espíritu. En el Ekón respondió, « habló » Tansi o Ekue. Mpegó dibuja en la plancha la cruz Araka-suaka.

Igualmente, sólo con yeso amarillo, marca con una crucecita a los Erikundi, las maracas Abakuá, de distintas formas, generalmente vestidas de tela, con agarraderas en el extremo superior. Como el Ekón, Erikundi es un instrumento de gran valor sacromágico porque lo utiliza Moruá para llamar a los Espíritus.

Ahora Mpegó se aparta a un lado y le entrega los yesos a Moruá, quien a su vez le da su tambor, se sitúa frente al Fundamento, coloca los dos yesos sobre el Sese Eribó y lo pasa a Isué mientras el coro canta.

1. El Crucifijo fue introducido en muchas Potencias en las últimas décadas del siglo pasado, y esta concesión al catolicismo se debió a Andrés Petit, Isué de la Potencia que inició a hombres de la raza blanca en el ñañiguismo. Considerado traído e en sus tiempos por haber « revelado » el secreto a los blancos, Petit es una figura sumamente interesante que hizo sentir su influencia en otros campos religiosos. En algunos grupos su prestigio es legendario. Véase *La Sociedad Secreta Abakua*, Lydia Cabrera.

Con los *muñón* — penachos — puestos sobre el Sese, el Isué lo rodea con el brazo izquierdo, sosteniendo el yeso con la mano derecha y orando. Traza el signo en el parche, si el Sese es de los que tienen figura de copa, que son los más corrientes, y en la base el de Mocongo, cantando : *Ngome Yansi Abasi Yayó*, (El yeso une a los que se inician con Dios), cuando emplea el yeso amarillo ; y cuando el blanco : *Unarobia Sanga narobia*, y lo entrega a Moruá para que éste lo sostenga mientras marca las cruces en los plumeros, Comienza por el de Mokongo y se lo da a Iyamba, luego el de Isunekue, a quien se lo confía ; por último marca su propio plumero y se lo da a Moruá — en caso de que Moruá no se halle presente, a Mbákara — para tomar el Sese Eribó, mostrarlo al Fundamento, a Ekue, con un largo *nkame* y colocarlo después sobre Ekue.

Los *obones* van a fijar sus plumeros en el Sese y los cuatro se arrodillan. Mokongo es el primero en presentar su *muñón* y fijarlo en el Sese después de recitar su oración. Le sigue Iyamba, luego Isunekue y por último Isué. Todos recitan largas oraciones coreadas por el Okobio. Por último Isué sostiene en alto el Sese Eribó y todos se ponen de pie mientras él recita otra larga oración.

A veces una Potencia acostumbra adornar su Sese Eribó con más plumeros. La ilustre Potencia Usagaré ostenta cinco, y a este quinto plumero se le llama el *muñón* de Usagaré.

Ekueñón Nkrikamo también reciben los suyos y los fijan en sus tambores respectivos, cantándoles el coro sus cantos respectivos.

Ya ambos visten sus espectrales trajes litúrgicos. Cada *obón* permanece con sus atributos en la mano. Iyamba va a retirar a Ekue del Orunakuá para conducirlo solemnemente en procesión al Irión o Fo Ekue, al « rincón », al sagrado y reducido espacio que limita, en el ángulo del Fambá, una cortina que lo oculta. De frente al Fo Ekue, Iyamba lo alza reverentemente. Nkóboro se sitúa casi de cara al Iyamba y el Okobio los demás dignatarios, detrás de Nkóboro. Entonces Iyamba recita las oraciones correspondientes a este momento, entrecortadas por las respuestas del coro. El Iyamba, con el sagrado tambor en alto, se vuelve a la derecha y hace el gesto de presentación luego a la izquierda y hace lo mismo. Repite por lo menos tres veces este gesto en una y otra dirección.

Lentamente, acompañado por el Nkóboro, Iyamba avanza hacia el Fo Ekue. A su derecha, Nasakó y a su izquierda, Ekueñón. Detrás, Isunekue seguido por los demás dignatarios. Paso a paso llegan al Iriongo y, en el sacro e inaccesible recinto, penetra Iyamba con Isunekue, Ekueñón, Moruá y Eribó Ngomo. Allí vuelve a hablar Iyamba teniendo a Ekue en sus manos, y al terminar su *nkame* deposita a Ekue en manos de Ekueñón. Moruá entrega a Iyamba el yeso amarillo, símbolo de la vida, y el blanco, símbolo de la muerte, y canta. Los adeptos, que se hallan del otro lado de la cortina, fuera del Fo Ekue, salmodian la frase de Moruá. Iyamba traza a todo lo largo y ancho del parche del tambor Secreto, una cruz con sus cuatro óvalos. Dibuja después un losange en el centro y cuatro triángulos al extremo de las líneas

que forman la cruz ; por último traza un círculo en torno a la boca del tambor. En el interior del parche dibuja el emblema de Mokongo, y en cada una de las patas del Fundamento, en la central repite el emblema de Mokongo, en las otras dos el de Iyamba y el de Isué. Repetimos que cada trazo que dibuja va acompañado de una frase cantada que el coro contesta. Ya inscritos en Ekue todos los signos, Iyamba lo alza rezando, y lo introduce en la tina. Moruá entona otro canto y pulveriza abundantemente sobre el Fundamento, aguardiente y vino seco, le rocía agua bendita, lo sahuma y lo instala sobre el signo Oruna Ekue o Ayonanbaé.

Ekueñón abandona el Fo Ekue para atender al sacrificio. Toma dos cazuelitas y en cada una deposita fragmentos de todas las ofrendas. Esta operación la ejecuta recitando una oración. Después canta con el coro : *Ekueñón Bekonsí butuba beyó*. (Ekueñón va a dar de comer a Ekue).

Una vez que termina de poner las pizcas de las ofrendas en las cazuelitas, con excepción del aguardiente y el vino seco, las lleva al Fo Ekue y las presenta con un nkame. Las coloca sobre el parche del tambor y entonan este canto : *Bongó yara yara, Bongó waririampó*. (El Bongó también va a comer). Ekueñón, con las dos manos, frota los alimentos en el parche del tambor.

Son innumerables los cantos que se entonan en cada una de estas ceremonias. Los *obones* hacen derroche de erudición recitando aquellos relatos míticos alusivos a cada rito que se practica y que son las fuentes de la liturgia y de la historia sagrada Abakuá.

Las ofrendas se dejan en el medio del parche mientras Ekueñón abandona el Fo Ekue para escoger un hermoso gallo blanco. Lo presenta ante la tina cantando, lo purifica en el Eromomo — el agua preparada por Nasakó con sus hierbas mágicas — y se dirige a la puerta del Fambá. Rodilla en tierra, con una mano agarra al gallo por las dos patas y con la otra por las alas, reza y lo presenta ante el altar. Se levanta y penetra en el Fo Ekue, y describiendo una cruz con el gallo lo pone sobre el parche y las ofrendas. Lo entrega después a Iyamba, y pronunciando las palabras rituales, vuelve a tomar el gallo, le arranca algunas plumas del pescuezo que deja caer sobre el tambor y cantando siempre, continúa arrancándole plumas. Después le desprende la lengua y luego la cabeza que deja sobre el parche.

Mientras Moruá canta Ekueñón vierte la sangre que chorréa del pescuezo del gallo sobre el Ekue, y otra cantidad en el interior del parche. Toma las dos cazuelitas que se destinan a recoger la sangre del sacrificio, y en una echa la cantidad que utiliza Iyamba para fricar la varilla o güin que produce la voz del misterio — la Mokuba Ekue — y en la otra la que beben los neófitos para comulgar con los Espíritus « y sacramentar el cuerpo » — *Mokuba Yan yaribó*.

Ekueñón toca con el pescuezo sangrante la caña de Castilla — *Sa Ekue o Yin* — e inmediatamente toca los atributos que se han colocado junto a la cortina del Fo Ekue. Luego penetra en éste, arranca dos plumas de la cola del gallo y con una adorna el Sa Ekue fijándola al extremo de la caña con un cordel ; la otra se la entrega a Moruá. El cuerpo del gallo se coloca

debajo de Ekue. Toma entonces las ofrendas, las echa en las cazuelas, derrama en ellas el aguardiente y el vino seco, y retira la cabeza del gallo.

Mpegó procede a terminar de dibujar el Ñon Sambaka Gandó Erikuá, el trazo que se prolonga fuera del Iriongo, por el que penetrará el Espíritu cuando Ekueñón lo traiga del monte. El trazo se purifica de la manera ya descrita tantas veces, y por último, Nasakó cubre las líneas con pólvora, reza, y la hace explotar desde el signo sobre el cual, dentro del Fo Ekue se asienta el Fundamento, hasta la punta de flecha en que finaliza el dibujo, aunque en muchas Potencias sólo se « limpia » con la pólvora el trazo que aparece fuera del Fo Ekue, esto es, a partir de la cortina hacia afuera y no desde el interior.

Terminada esta operación, un monina o cofrade toma el Ekón, otro una vela y otro una copa con agua bendita y un gajo de albahaca. Isué organiza una procesión y la sitúa frente a la puerta del Fambá. Ekueñón toma el tambor de Empegó, mientras Ekueúmbre sostiene el de Ekueñón. En ese momento Iyamba enciende una vela para el alma de Sikán, que se halla colocada sobre el signo de Mosongo y dice unas palabras rituales que autorizan a Ekueñón para ir a buscar la Voz divina, el Espíritu de Ekue. Ekueñón lo invoca con su tambor haciendo un recorrido por el monte, es decir, en torno a la Potencia. Este acude a su llamada, le sigue, penetra en el Fambá por el « gandó » o trazo mágico, y la Vos del Espíritu se manifiesta en el tambor sagrado.

Ekueñón sale con Mpegó, acompañados por el ceroferrario, que purifica el aire, un adepto que lleva el Ekón y otro que lleva la copa — Brandi Mosongo — de agua bendita. Se detienen, Ekueñón eleva su tambor y dice : *!Jeyē!* (Atención). Le arranca tres sonidos seguidos, — tan-tan-tan —, los tres sonidos rituales que como el Mpegó y el Nkríkamo, pueden dar estos tambores, y declama un *nkame* interminable. Este discurso que interrumpe a intervalos los tres golpes del tambor de Orden y los cantos de Moruá, se prolonga hasta que la Voz penetra en el santuario y allí dentro el Moní Bonkó da tres golpes en el parche del Bonkó y todos cantan : *!Oh, Abasí Bonkó!*

Afuera Ekueñón continúa su recitación hasta que se descorre la cortina del Fambá, el Moruá entona un himno y la procesión sale del Kufón Ndibó o cuarto sagrado. Van en elle todos los dignatarios portando losa tributos sagrados, menos Iyamba e Isunekue que permanecen junto a Ekue en el Iriongo. Al descorrerse la cortina para dar paso a la procesión, aparecen el Ireme Eribangandó, Nasakó y Moruá Nkríkamo. Nasakó quema un poco de pólvora, — a veces en la palma de la mano — para alejar a los malos espíritus y limpiar de sombras el camino. Eribangandó y Nkóboro, al frente de la procesión, obedecerán a Nkríkamo que los precede con su tamborcillo conjurador. Isué con el Sese Eribó, va al centro, entre Ekueñón y Mpegó. Detrás Mosongo, Abasonga y Mosongo, ostentando sus bastones. Los demás dignatarios llevan velas encendidas, uno porta la copa de agua bendita con el hisopo de albahaca, para bendecir y « refrescar el camino », a la concurrencia de *obonekues* y a los profanos que pueden contemplar este epi-

sodio de la liturgia. Por último, detrás de los tres *obonekues* que tocan los tambores Biapá, Binkomé y Kuchi Yeremá, y de otro que va tocando las *erikundi*, las maracas, avanza el Moní Bonkó, el jefe de los tambores de la música semiprofana, con el Bonkó Nchemiyá, que le ayuda a cargar un monina o cofrade, y junto a éste otros dos *obonekues*, uno que se encarga de golpear el Ekón y otro, el Obón Palito, con los palitos o clave.

La procesión se dirige a una ceiba — ya hemos dicho que la ceiba no puede faltar en los lugares dedicados a « plantar » los ñañigos —, y la teoría de *obonekues* se arrodilla y hace acto de adoración ante Ukano Ndibó, el árbol sagrado, « madre de la religión », mientras los *íremes* Eribangandó y Nkó-boro « la saludan ». Sigue después un poco más adelante y regresa deteniéndose otra vez ante la ceiba¹. Isué y todos vuelven a arrodillarse. Cuando Isué se pone de pie, todos cantan.

La procesión llega a la puerta del Fambá y van entrando todos menos Isué. Esta vez los *íremes* son los últimos en penetrar al santuario.

Los *obones*, ya dentro del Fambá, nombran por orden de categoría el atributo que tienen en la mano y los van poniendo en el altar.

El tambor de Ekueñón se coloca, en calidad de guardián frente a la cortina del Fo Ekue con dos « derechos », es decir, dos ofrendas de comida, sobre un pequeño Arakasuaka, — el signo formado por un círculo con las cruces y en cada espacio entre los brazos de las cruces, un óvalo.

Junto a la puerta del Fambá, que cuida el Fambayín o Fambaroko, el guardián del santuario, se coloca el tambor de Mpegó sobre su signo, para que se identifiquen tocando tres veces en su parche, los visitantes iniciados en otras Potencias, y la tina que contiene el Eromomo, el agua lustral, para que estos se purifiquen antes de entrar.

La música, el Bonkó y los *nkomos*, al regresar la procesión, se quedan fuera del Fambá para continuar tocando : los *íremes* pueden quitarse los trajes y descansar, y los oficiantes se permiten una buena media hora de reposo.

Un viejo, que como todos los viejos se queja de las mudanzas que, aún en los mismos ritos ha introducido el tiempo, nos asegura que los tambores no se colocaban antaño en altares, ni el de Mpegó en la misma puerta del Fambá, ni el de Ekueñón junto al Fo Ekue, sino en una habitación contigua al Fambá, por la sencilla razón de que el altar « a la católica », tal como lo vemos en las Potencias modernas, no existía en las antiguas. U nos cuenta su visita a una Potencia de africanos que aún no admitía negros criollos mulatos ni blancos en sus filas. El recuerdo de este viejo matancero puede remontarse fácilmente a unos ochenta años atrás, cuando el innovador Andrés Facundo de los Dolores Petit había hecho sentir su influencia cato-

1. Sobre la importancia de la ceiba en los cultos africanos y en la fe religiosa del pueblo de Cuba, véase : *El Monte*, Lydia Cabrera.

lizante, por decirlo así en numerosas agrupaciones de *obonekues* de la Habana y Matanzas.

« Tenía veintiún años y era Isunekue de mi Juego. Vine a la Habana nada menos que con Platanal, el gran ñañigo. No conocía las normas de los Erubé Efor¹, y como Platanal me llevó allá de visita, fui a *nkamá* (a anunciarse, a declarar su cargo y a saludar el Secreto). Un negro viejo me salió al encuentro con malos modos. ¡Pera un poco, muchacho! me dijo. No ta mirá palangana allí con vela prendía? Y esa palangana no tiene huevo? Pa *nkamá* coge huevo ese, pasa cara, pasa cuerpo, limpia bien y cuando té limpio to uté pué cogé Mpegó².

« ¡Yo era un Isunekue! Creí que para identificarme y entrar en el Fambá no necesitaba limpiarme tanto y tomé aquello a ofensa. Platanal que oyó lo que le contesté de mal humor al viejo, entró al Fambá y le dijo : No lo hostigues ; este muchacho, aunque lo ves tan nuevo, es serio... y es Isunekue igual que yo. El viejo le contestó : Entonce, Manué, por qué uté no avisa él cómo son cosa aquí. Bueno yijo, uté entra pó aquí, limpia con huevo pa quitá malo la calla, pa que limpio tocá eso grande. Yo hace orden de la casa³.

« En otro cuarto, en el suelo, había un saco⁴ con derechos, el tambor Ekueñón y un viejito con una cachimba que lo cuidaba. Es decir, que para llegar a Ekue y saludarlo, tuve antes que identificarme y ser autorizado por Mpegó y los otros dos Fundamentos. Cuando se me pasó el disgusto, uno de los *obonekues* me explicó : Aquí somos viejos *carabali brikamo*. En todas partes no se procede lo mismo, porque todos no somos iguales y todo el mundo no entre en nuestra Potencia.

« Su Ekue estaba cubierto con la cabeza y la piel completa del chivo, con los testículos encima y las tres patas adornadas con caracoles de Guinea. Era un Ekue grande. En la pata que correspondía a Iyamba tenía un pescado seco y en la de Mokongo, una muñeca con todo el cuerpo cubierto de caracoles y une güira en la cabeza. Sus sacos — los trajes de los Iremes — tenían parches de piel legítima de leopardo ».

APROFA BAKESONGO. La Iniciación.

A las doce de la noche, con el primer rugido de Ekue, se da principio a la preparación de los neófitos, que los *abonekues* llaman Indídeme, y vul-

1. Nombre de una Potencia o agrupación.

2. No ves esa palangana con una vela dentro y un huevo junto a ella? Antes de entrar a saludar toma ese huevo, pásalo por tu cara y por tu cuerpo. Cuando te hayas purificado puedes tomar el Mpegó.

3. Por qué no le informó usted cómo se procede en esta Potencia? Bueno, hijo, entre, purifíquese con ese huevo de las influencias malélicas que se recogen en el acille, y puro pueda usted tocar un objeto sagrado. Yo cuido del orden de esta agrupación.

4. Saco le llaman también al efomiremo o traje del íreme o « diablito ». Derechos, ofrendas de comida.

garmente « judíos », porque aún no están bautizados, sacramentados según el rito Abakuá. El número de candidatos que van a « nacer en el cuero », a iniciarse en la religión de Ekue, no puede exceder de Siete ; « si se juramentan ocho, ya no vale la sangre de gallo. La nación se ve obligada a matar un chivo. La religión no asienta de una vez a más de siete ».

La preparación de los *indiseme* se lleva a cabo en el patio de la casa, donde el Nasakó y sus ayudantes traladan la tina con el Eromomo o Wembana, las botellas de aguardiente y vino seco, el agua bendita y la teja incensario. La purificación debe hacerse en un río, como se practicaba en Matanzas, en Guanabacoa, en Marianao, y antaño en Regla a la orilla del mar, pero cuando esto es imposible basta la eficiencia mágica del gandó, el símbolo que equivale al río. Y esto es lo más frecuente. Desde una habitación de la Potencia, vestidos con unos pantalones muy cortos de tela de henequén, o arremangados hasta las ingles — « debiera ser enteramente desnudos » — los neófitos son conducidos a este río ideal o verdadero, Fokondo Ndibó.

Allí los espera Nasakó de pie sobre su emblema, que representa el Embarcadero de Bekura. Cerca está la música, los Nkomo o tambores.

Mpegó con los yesos benditos y Mokongo con el tambor de Orden, se dirigen al lugar en que está la ceiba o su símbolo. Con un rezo Mpegó presenta los yesos al cielo y traza en el tronco el signo del árbol sagrado, Kandafia, mientras canta el *okobio*. Después de purificada la ceiba con el humo del incienso, todos se sitúan de espaldas al árbol. Mokongo impone silencio con el tambor Mpegó y le hace saber que aquellos hombres que aguardan en la orilla del río, le han empeñado su palabra y aspiran a pertenecer a la religión de Ekue. Los individuos de la Potencia expresan su conformidad cantando.

Mpegó traza el Baroko Bunekue. Cada neófito, de pie sobre su signo, es purificado por Nasakó y sus acólitos, y Mpegó comienza a « rayarlos », es decir, a dibujar los signos en cada neófito : una cruz en la frente, en las manos y antebrazos, en el pecho y en la espalda ; y en cada pie, en el empeine, subiendo por las piernas hasta los muslos.

Una vez purificados los signos dibujados en los *indiseme*, se les venda fuertemente los ojos con un pañuelo blanco que no haya sido usado y que cada aspirante debe llevar a la ceremonia de iniciación. Nkrikamo trae al Ireme Eribangadó a fin de que éste los reconozca y los purifique tres veces con el gallo.

« — Lo de estar limpio para jurarse », nos dirá un ñáñigo veterano, « tiene más importancia de la que muchos jóvenes consideran. Cualquier suciedad que quede les puede hacer mucho daño. Si limpios deben ir al Fundamento, limpios deben conservarse durante siete días después de la consagración. Yo les preparo un perfume depurativo, con incienso de costa y agua de coco para que se laven con él. En cuanto a la limpieza de los invitados a un Plante, ahí está la vasija con ceniza, agua bendita, agua de coco, incienso, vino seco, aguardiente, pólvora y las hierbas, para que no infecten con la

suciedad que puedan traer. Porque quién me asegura que antes de venir no han tenido contacto con mujer ? »

Cumplido meticulosamente el rito de la purificación, se envía al Butame cuanto le ha servido a Nasakó para practicarla. Los neófitos se arrodillan sobre sus signos y del Fambá o Butame, conducida por Isué, sale una procesión con todos los atributos, a buscarlos. Se les pone de pie, en fila, por orden, y detrás de cada uno se sitúa su padrino, el *obonekue* que solicitó su admisión en la fraternidad. Isué y Mpegó marchan en medio de la procesión y en último término va la música.

Moruá levanta el canto que acompaña a los *indíseme* al cuarto del Misterio. *Indíseme um parawá ya yo ma...* (El neófito va a nacer en la religión).

En tinieblas guiados por sus padrinos respectivos, atentos a su andar vacilante, llegan a la puerta del Fambá, donde la procesión se detiene y se retiran los padrinos. Cesa el canto, y Mpegó o Nasakó que los reciben en la puertan rezan. Uno a uno los obliga a dar varias vueltas y los introduce en el Fambá. Uno a uno, Moruá, que está en la puerta, los lleva y los coloca en fila frente al altar. Nasakó, junto a la tina del Eromomo pronuncia una oración y los purifica de nuevo, borrando con el agua lustral los signos que Mpegó les trazó. Todo el tiempo que dura esta segunda purificación, cantan y Mpegó reza de nuevo. Dibuja los signos de Indiabakuá con la tiza amarilla y la blanca, en la frente, en el pecho, manos, brazos, pies piernas, muslos y espalda de cada neófito, que a continuación reciben las pulverizaciones, asperjamientos y sahumerios, acompañados de los cantos alusivos a cada una de estas operaciones.

Cuando todos están marcados se arrodillan en un Arakasuaka que Mpegó ha trazado en el suelo, ante el altar. Este signo, un círculo, representa, además del derecho de cada neófito, los tributos que se han pagado a Ekue.

La ceremonia del nacimiento en el interior del santuario comienza poniendo el dignatario Abasí, custodio del Crucifijo, y en su ausencia el Isué, una vela encendida en la mano izquierda del Indíseme, mientras reza frente al altar. Cuando todos los *indíseme* han respondido a las preguntas rituales y besado el Crucifijo — Itón Manansere — el Abasí se queda con él en la mano. Es costumbre ponerlo en el altar, lo que no debe hacerse, nos advierte un viejo Isué, porque cada pieza sagrada irá dando fe de los demás juramentos, y es muy importante el testimonio de Abasí.

Mokongo empuñando su cetro se planta frente al altar. Recita una oración, y al terminar ésta, nombra a la Potencia quego bierna. Moruá canta y Mokongo, de pie ante el Indíseme de rodillas y teniendo al Abasí en frente, vuelve a hablar y a nombrar su Potencia, a lo que el coro contesta.

El Abanderado, el « jefe de las fuerzas militares », « Mokongo el imperecedero », pone su cetro de mando en manos del Indíseme y le ordena que lo bese. Entonces formula en español, mas o menos estas preguntas, según nos informa un Mokongo.

« — Le pongo en la mano mi bastón y le pregunto si sabe lo que tiene en su mano.

« — No lo sé.

« — Es la vara de la Justicia Suprema de nuestra sociedad, y si usted no está seguro de su decisión, ahora mismo puede arrepentirse.

« Pero ninguno cambia de parecer. El Indíseme siempre contesta que está decidido a ser ñáñigo. Entonces Mokongo le advierte :

« — Aquí hay que respetar a los Cuatro Jefes principales que son las Grandes Plazas : Mokongo, Iyamba, Isué, Isunekue. Y a las secundarias : Mpegó, Ekuenón, Nkríkamo, Mosongo, Abasonga, Nkóboro, Eribangandó, Mbákara, y hay que respetar hasta el último hijo de Ekue, pues todos los *abanekues* somos hermanos y usted tiene que ser fiel hasta que muera. En la Potencia será un hijo más y la sociedad no puede consentir que dentro de ella tenga agravios con otro hermano. Si deja usted de contribuir con lo fijado, si pasa el tiempo y no paga sus cuotas, nos veremos en la obligación de despedirlo por medio de un oficio que le niega el derecho a ser Abakuá y no podrá usted poner los pies en éste ni en ningún otro Partido. Si no es usted buen hijo, si no atiende a su madre, que es lo más grande que tiene un hombre, y si abandona a sus hijos y a su mujer, no merecerá tampoco el aprecio de sus hermanos.

« Sepa que no queremos guapos, ni cobardes, porque el ñáñigo no puede dejarse maltratar. Si usted se entera que un hermano está enfermo, no podrá dejar de socorrerlo. Tendrá que respetar a la Pieza de Orden, el tambor Mpegó. Respeto, unión, formalidad, palabra y valor es lo que aquí se le exige. Piénselo bien, le repito.

« Lo he pensado bien y juro lo que tenga que jurar. Mokongo le da a besar su Itón y dice unas palabras rituales. »

El Indíseme le ha jurado solemnemente su lealtad al « Palo » Mokongo, — cetro, — y mientras éste lo retira de su mano, los dignatarios cantan en coro con Moruá : *Krikariká ya urá Mokongo*. (Ya el neófito juró a Mokongo).

Una vez que el último Indíseme ha rendido pleitesía al Itón, Mokongo permanece con el atributo de su autoridad en la mano, y es Mosongo, ahora, quien habla frente al altar, nombra a la Potencia y se dirige hacia los Indíseme, de frente al primero que ha de prestar juramento. Pone su cetro en manos del neófito sin interrumpir su oración, y todos cantan : *Krikariká biurá Mosongo*. (El neófito va a prestar juramento a Mosongo).

También Mosongo le pregunta qué es lo que tiene en la mano y le hace esta explicación : esta caña es el Padre, el dueño de las cabezas de todos los hijos de Ekue, que es tu Padre y del Sese Eribó que es tu Madre, porque es la Naturaleza. Si no cumples tu palabra esta pieza te matará. Que en el mañana no te pese ser Abakuá. Jura y besa el sagrado Itón.

Cada vez que habla un oficiante, se dirige al Espíritu poderoso e invisible que desde su escondite preside la ceremonia, le rinde cuentas del acto que realiza, y Ekue responde con su voz espantosa.

Oficia después Abasonga, que ora ante el altar. Ya junto a los *indíseme* le entrega el Itón al primer neófito, la hece las preguntas y recomendaciones

de rigor y le explica lo que esta vara representa : la Responsabilidad, la mayoría de edad de la Potencia. « Su gobierno soberano ».

Aquel jura y besa el Itón e inmediatamente Abasonga se lo anuncia a Ekue y el coro da fe : *Krikariká urá Abasonga*. (Ya le juró a Abasonga).

Este último permanece empuñando su bastón, junto a los demás dignatarios. Isué, que dirige la ceremonia, se sitúa frente al altar. Dice : « Repetimos para que lo escuche Ekue, para que Ekue sepa absolutamente todo lo que se le hace al Indíseme ». Y pronuncia un largo discurso en la lengua esotérica de la Sociedad.

LA CONSACRACION

Isué trae el Sese Eribó. El Ireme Nkóboro lo saluda y se queda acompañándolo. Mpegó presenta los yesos y habla. Traza en torno a la cabeza del neófito el símbolo Arakasuaka, el símbolo de los símbolos, « el del origen del Misterio », mientras Moruá y los demás repiten el cántico : *Arakasuaka...* Isué se dirige a Ekue a través de Iyamba, su sacerdote. El coro repite las últimas frases de su oración e Isué continúa sin interrumpirse y le entrega al Indíseme el Sese Eribó. Todos cantan. El Indíseme responde con otro solemne juramento a las palabras de Isué que le ordena besar el Sese Eribó. Luego Isué ratifica en un *nkame* que el Indíseme lo ha tenido en sus manos y le ha prestado juramento. Dichas estas palabras el Isué sostiene el Sese a unos diez centímetros sobre la cabeza del neófito y reza. Al finalizar el rezo descansa todo el peso sagrado del Sese Eribó en la cabeza del Indíseme, quien durante largo rato tendrá sobre elle « a la Madre Naturaleza emanando sus fuerzas vitales y eternas », « Sacramentando su moropo » (cabeza).

Todos los dignatarios inclinan sus atributos ante el Sese, la Madre Divina, Akanarán. El Isué reanuda los rezos que se prolongan durante largo rato, interrumpidos a tramos por el coro. Luego el Ireme purifica al Indíseme con un gallo, pasándolo por sus hombros y por los plumeros del Sese. Agita los cencerros de su cinto y se coloca a sus espaldas.

Isué toma la cabeza del gallo sacrificado que descansa sobre el sello del tambor. La moja en la Mokuba, en la cazuela llena de sangre que Ekueñón le alarga y recita un largo *nkame*. Acerca la cabeza del gallo a la boca del Indíseme y éste chupa la sangre. El coro canta : *Kiko ura obonekue. Obonekue aberefión*. (El futuro *obonekue* bebe la sangre del gallo).

Mpegó se acerca por la derecha del neófito con el tambor de Orden y un trozo de tiza amarilla. Ekueñón por la izquierda con la cazuela de la Mokuba. La levanta en dirección al Fo Ekue, declama y le introduce en la boca un poco de sal y le da a beber la sangre sagrada del gallo que, como nos explica un Isué, « la sangre del gallo es la sangre de Sikán » ; después del sorbo de sangre, le da a beber, por separado, aguardiente y vino seco, El neófito « ha comulgado con Sikán » ; la mokuba, nos dicen los ñañigos, le « sacramenta el cuerpo » y acrecienta su vitalidad. Los cantos relativos a la comunión del neófito

proclaman que la absorción de la Mokuba lo ha unido al númen y a los espíritus.

Mpegó le presenta el Fundamento de Orden y tras un largo parlamento, pone el tambor de Orden en manos del neófito con las palabras rituales ; se inclina a su oído para dirigirle, esta vez en castellano, las palabras que, con ligeras variantes ya conocemos, y recibir su juramento. Le quitan el Crucifijo que ha sostenido en sus manos hasta ese momento y el coro anuncia que ha jurado.

Mpegó le da a besar el tambor en la cuña que sostiene el plumero y lo deja en su poder. Toma un pedazo de yeso amarillo y mientras reza lo pone entre el pulgar y el índice de la mano derecha del Indíseme, que con la mano izquierda sostiene el tambor.

Todo el tiempo que duran estos ritos, Isué sostiene el Sese Eribó sobre la cabeza del neófito, que en este instante, autorizado por Mpegó, va a firmar su entrada en la Potencia.

Aún tiene tiempo de arrepentirse, insiste Mpegó. La disciplina de la Confraternidad es rigurosa, inflexible, y de no acatarla, en el futuro será excomulgado. Pero la decisión del neófito es irrevocable y Mpegó le ordena que trace una cruz en el parche y la bese. En este momento todos cantan. El *ireme* Nkóboro, que al entregarle Mpegó el Fundamento al Indíseme se ha plantado frente a éste, le presenta el gallo, casi rozando el ave el parche del tambor. Isué da fe rezando, retira el Sese Eribó de la cabeza del neófito y de sus manos el Mpegó.

La ceremonia es larga y fatigosa. Los dignatarios, desde que comenzaron las presentaciones y juramentos de Atributos, han permanecido de pie portando cada uno el suyo, y Mpegó no se ha separado de su tambor desde que salió al patio para autorizar que se hiciesen a los neófitos las marcas sacramentales, hasta que lo pone en manos del neófito para que éste firme en él su juramento. Ekueñón deposita la cazuela con la Mokuba en el altar y luego la lleva al interior del Fo Ekue. Isué le confía el Sese Eribó para que lo sostenga y va a colocarse junto al primer *indíseme* que entró y se arrodilló, y a cada uno se le repiten las mismas oraciones, exhortaciones y cantos que preceden a cada juramento. Junto al neófito, Isué declara que ya éste es un hombre « juramentado », lo hace levantar, y asistido por Isunekue y Ekueñón, lo lleva ante la cortina del Fo Ekue. Todo el Okobio se arrodilla. Ha llegado el momento, en la ceremonia de recepción del nuevo adepto, de su « nacimiento », y para usar la curiosa expresión de un ñañigo, « de lo divino de verdad ».

Ahora vuelve a ponerlo de rodillas, lo anuncia a Iyamba, y de rodillas lo introduce al interior del Fo Ekue. Lo acerca al Fundamento poniéndolo de bruces sobre el signo Ñon Sambaka ya Butame Gandó, de manera que su cabeza quede entre las piernas del Iyamba, debajo de Ekue, que éste sostiene casi rozándolo, pero cuidando de que no se dé cuenta todavía de la proximidad del Secreto ¹. El Ireme Nkóboro penetra también en el Fo Ekue

1. El Secreto es otro nombre con que se alude al tambor Ekue.

para dar fe de su juramento, y se sitúa junto a Iyamba. A un lado del *obonekue* está Ekueñón y al otro Isunekue. Isué habla : aún en esta etapa final de los ritos, el último y a la vez el momento culminante de la ceremonia, vuelve a recordarle que está a tiempo de arrepentirse... Le revela la santidad del lugar en que se halla, el misterio indecible de la Voz Divina, y le pregunta su nombre. El Indíseme responde y, al pronunciarlo, el Iyamba suena el tambor sobre su cabeza. La voz pavorosa de Ekue le responde. Lo suena dos veces más. ¡El Gran Espíritu lo acepta!

Isué pronuncia otro largo discurso. El Ireme Nkóboro, que durante este rito se mantiene junto a Iyamba, un pie apoyado en el Ekue¹, agita convulsivamente sus cencerros, y al exclamar el Isué *!Obonekue Sabiaka!* le pone el gallo en los hombros al *indíseme* ya convertido en *obonekue*, al mismo tiempo que suena impetuosamente los cencerros que adornan su traje.

Isué levanta la cabeza del nuevo *Obonekue* y dice : *Ekue brusón Obonekue Mborí mapá eriero*. Y le traduce la frase al castellano, porque aún el *obonekue* no comprende el idioma secreto de la Sociedad Abakuá ni tiene los conocimientos que sólo otro iniciado podrá trasmitirle.

— « Chivo que rompe tambor con su pellejo paga. Si traicionas esta religión pagarás con tu pellejo ».

Las Plazas cantan mientras levantan al iniciado, que ha permanecido unos diez minutos tendido en el suelo sobre el signo Eñón Sambaka Gandori Kuá, con la cabeza debajo de Ekue, entre las piernas de Iyamba. Lo sacan fuera del Iriongo, de espaldas a la cortina que oculta al Fundamento. Isué anuncia que es un iniciado. Lo guía hasta la puerta del Fambá y allí de espaldas al Butame y vendado, el *obonekue* aguarda que los demás recipiendarios sean confirmados por Ekue.

Cuando todos han sido confirmados, cada padrino desata la venda que cubría los ojos de su ahijado. Los vuelven de frente a la Potencia² y éstos contemplan « deslumbrados » los objetos sagrados sobre los cuales han jurado. El Ireme Nkóboro expresa un júbilo frenético y se deshace en zalemas y atenciones con los « recién nacidos ».

Para el *obonekue*, este momento en que puesto de frente a la Potencia, abre los ojos y contempla de improviso los símbolos sagrados de la religión, es el de la Epopei, el de la iluminación. El de la visión divina, o como nos dice un viejo informante : « el de la luz de su nacimiento en el cuero ».

Con sus ojos vendados fuertemente, se supone que ha revivido el drama de Sikán, que ha sentido la misma angustia que la primera víctima.

Hemos interrogado a muchos ñañigos acerca de la emoción que experimentaron durante este proceso rodeado aún de tanto misterio para los profanos. Casi todas las respuestas concuerdan, menos en aquellos casos en que el adepto era « tan valiente » que desde el principio hasta el fin de la

1. En este instante Nkóboro se llama Ireme Abasí.

2. Potencia le llaman también al conjunto de atributos, cetros, — itones, — tambores, etc.

ceremonia estuvo interiormente tranquilo y no se inmutó por nada. Impresionante, sobrecogedor, fue para la mayoría de los interrogados, y sobre todo para los viejos, que recuerdan aquella experiencia, el momento de entrar en el Fambá, como « inolvidable ».

— « Yo, me confiesa uno, sudaba frío, disimulaba el temblorcito que me entró. Me hacía la idea de que aquello era algo muy serio. ¡El Fambá! ¿Qué me iba a pasar allá dentro? ¿Qué me iban a hacer? »

Otros nos dicen que se asustaba mucho al *indiseme* hablándole de las pruebas que debía dar de su valor — pruebas cuya dureza se exageraba fantásticamente hasta comienzos de siglo — y que, no obstante estar decididos a ser Abakuá, contribuía a que entrasen temerosos al Fambá. « Pero no era miedo de hombre a hombre, era miedo al Secreto, a un Espíritu muy grande, a lo que no se sabe ».

Indiscutiblemente, había Mokongos que querían cerciorarse del temple del neófito y extremaban alguna mortificación, como hacía el Mokongo de Sierrón, en la ciudad de Cárdenas, que hería en cruz el pecho del Indiseme con el pico de un gallo de pelea y derramaba en la herida esperma caliente para restañar la sangre.

— « No saber, no ver nada, ni un poquito de luz, pero sentir en la cabeza de uno al Santísimo — al Sese Eribó — y luego la fuerza de Ekue en los oídos, es lo que conmueve, lo que hace a un hombre Abakuá », nos dice G. S.

No ver nada... pero en la tiniebla sentir, experimentar. No recuerda esto que nos dice un ñáñigo humilde, iletrado, pretendiendo darnos una idea de su experiencia interna al iniciarse, a la famosa frase de Aristóteles refiriéndose al iniciado de Eleusis : « no aprende, experimenta » ?

Pasadas esas horas de emoción intensa, durante las cuales nos cuentan los ñáñigos que sudaron frío, que temblaban privados angustiosamente de la vista, el *obonekue*, unido a Tanse y a Sikán, regenerado, llega al término de la iniciación. Renace, vuelve a ver la luz contemplando ante sí el conjunto de objetos sagrados y recibe entonces las congratulaciones del Okobio. Nada ni nadie podrá quitarle la sensación de superioridad que el misterio de esos ritos le hacen concebir. Se ha acercado a Ekue, ha recibido el divino soplo de vida y se ha relacionado con los signos, los ritos y juramentos prestados en aquel inerrante viaje nocturno hasta los mismos orígenes del culto, « con los muertos » — los Espíritus de antepasados y grandes personajes de la Sociedad.

En fin, el *indiseme* sacramentado, el *obonekue*, descubre los Campos Eliosos Abakuá. « Sale nuevo del Fambá. Es otro hombre ».

Ya hemos comparado al *obonekue* con el Mysto que en los pequeños Misterios de Eleusis recibía este nombre, y cuya iniciación tenía también un carácter preparatorio. Como aquél, nuestro *obonekue*, « si siente de corazón la religión de Ekue », por su conducta y sus luces, algún día, de este primer grado de iniciación pasará a ser un Obón, una « Plaza », y al Obón lo habíamos comparado al iniciado que en los Grandes Misterios se le confería el nombre de Epopte, « el que veía ».

El *obonekue* no puede ver a Ekue. Sólo los que comulgan con la sangre de chivo que se tributa a Ekue, en una segunda consagración, pueden contemplarlo. Esos *obonekues* exaltados a la jerarquía de *obones*, que desempeñan las altas dignidades de una Potencia, que offician secretamente en el Fambá, no son para el neófito vendado y de rodillas, hombres ordinarios, fulano o mengano. En aquellos momentos y siempre que offician, son los grandes, inmortales personajes del drama Abakuá. Iyamba, Mokongo, Isué, Isunekue, Ekueñón, Mpegó reyes, príncipes o héroes de una esencia superior al resto de los hombres y a los que quizás está en camino de igualarse. Todo dependerá de su esfuerzo. El ñáñigo puede decir lo que leemos al final del himno de Demeter : « ¡Feliz el hombre que entre los que habitan la tierra ha contemplado estas cosas! El que no se ha familiarizado con los Misterios sagrados y no ha tomado parte en ellos, no tendrá el mismo destino en el reino de las sombras ».

Nuestros *abanekues* pueden suscribir estas palabras y no se escandalice nadie si nos parece que las de mi viejo informante Saibeké, cuando nos explica las « ventajas » que en el más allá disfrutarán, se asemejan curiosamente a las que dice Sófocles : « Tres veces feliz el que ha contemplado los Misterios cuando desciende al reino de Hades, porque ellos poseén la vida. Para los otros sólo habrá sufrimiento ».

Los nuevos *obonekues* son sacados otra vez en procesión. Los *íremes* Nkóboro y Eribangandó a la cabeza de la procesión : Eribangandó purificando el sendero y Nkrikamo, guiando y conminando con su tamborcillo a Eribangandó. Nkóboro es gobernado por el Sese Eribó y marcha junto a Isué que lleva el Sese en sus manos y la cabeza del gallo entre los dientes. A su derecha Mokongo con su bastón y a su izquierda Mpegó con su tambor. Detrás de Isué, Mokongo y Mpegó, van Mosongo, Abasongo y Abasí, y a ambos lados los que llevan el agua bendita, la teja con el incienso y la vela encendida. Tras éstos la música y los demás que integran la procesión.

De regreso, Isué y los *íremes* quedan en la puerta del Fambá. Entran las demás Plazas y se sitúan de espaldas al Fambá. El último en penetrar en el Santuario es Isué. Los *íremes* y la música permanecen fuera y se baila hasta el atardecer.

COMIDA DE COMUNION. TERMINACIÓN DEL PLANTE.

Suponiendo que los ritos hayan empezado a las doce de la noche, hora escogida por casi todas las Tierras o Potencias, la iniciación debe terminar muy de madrugada para que la « fiesta » comience a la salida del sol y terminar a las seis de la tarde.

Al romper la aurora, una procesión con el Ireme Eribangandó y los Atributos, se presenta ante la puerta del Butame y allí se arrodilla. La música se coloca afuera, de frente a la procesión. Se canta varias veces saludando al sol. El repertorio de Moruá es rico en saluciones y cánticos en que se

rinde pleitesía al sol y a los astros. Los *nkames* y oraciones se suceden durante un rato.

Desde temprano comienzan a llegar visitantes, *obonekues* que desean « sacar » a algún *ireme*, es decir, bailar enmascarados, vestidos de Diablitos con el traje que protagoniza a algún Antepasado o Espíritu sobrenatural, como Mbema, similares a los de las Sociedades Secretas Ekoi y Efik que veneran, o como dirían los ñañigos, « tienen Ekue », y otras de la Nigeria del Sur. Si los bailarines son conocidos y admirados por el público, la fiesta, este episodio exotérico de los Misterios Abakuá a la que los profanos, inclusive las mujeres y los niños tienen acceso, la animación reina todo el día.

En la provincia de Matanzas, sin embargo, una cuerda aísla prudentemente a las mujeres, cuyo contacto sería funesto a los Diablitos, o que en principio los enfurece. En principio, porque los ñañigos que bailan bien realizan sus grandes conquistas amorosas en las fiestas del Plante, y muchas mujeres que vivieron o casaron con ñañigos, fueron seducidas por el garbo y la elegancia de sus bailes.

Con frecuencia, en alguna fiesta matancera, se ve una mujer que, en el colmo del entusiasmo, lanza a los pies del mejor bailarín su vistoso pañuelo de seda. El Nkríkamo lo ata al brazo del *ireme*, y no es raro que el mismo *ireme* luzca al mismo tiempo como galardón, otros pañuelos que testimonian la admiración que entre la concurrencia femenina, despierta la actuación de estos fantasmas.

Por la tarde, se escoge un lugar apropiado en el patio o en el Isaroko, la plazuela o terreno baldío al frente o al fondo de la casa-santuario, (y no olvidemos que este terreno, grande o pequeño, teatro de los Misterios Abakuá, es idealmente un monte por el que cruza un río) y se barre cuidadosamente para dibujar el ideograma de la comida de comunión de los moninas o cofrades.

Desde las dos a más tardar, Mokongo le ordena a Nkandembo que la prepare. Desde el principio de la fiesta ya está marcada por Mpegó la mayor de las cazuelas y en ella echa Nkandembo un poco de todos los derechos u ofrendas, anteriormente enumeradas. Ha de tener cuidado de tomar sólo pedacitos de las hierbas, y pizcas, casi nada, sólo para llenar el requisito que impone la liturgia, de tabaco, yeso o cascarilla, que pueden dar mal sabor a la comida. Gran cantidad de ñames y de plátanos. Los gallos del sacrificio se desuellan y se cocinan con la sangre y todos los « derechos », — ofrendas — esmerándose Nkandembo en que el guiso sea lo más apetitoso posible. Cuando está listo, Mokongo llama a los iniciados, que ya ostentan en su cuerpo las marcas sagradas, y les manda que se descalcen y se despojen de sus camisas, y Nkríkamo les dibuja un Cuatro Vientos — una cruz en la frente, en las manos y en los pies. Para trazar estas cruces no se reza ni se canta.

Nasakó y sus tres auxiliares llevan la teja con carbones encendidos, aguardiente, vino seco y agua bendita. Mpegó lleva los yesos. Un *ireme*, Eriban-

gandó, el de las purificaciones, los acompaña. Acude la música y Mpegó reza presentando la tiza. Dibuja con el yeso el trazo de la comida, lo repasa ligeramente con el blanco y esta operación se acompaña con los cantos, pulverizaciones y sahumeros de rigor.

Nkandembo trae la cazuela y otro *obonekue*, una cazuelita vacía que coloca en el ideograma sobre el emblema de Mokongo. La botella de aguardiente se pone en el óvalo de la derecha, el vino seco en el de la izquierda, el agua bendita en el centro y la teja en el símbolo de Sikán.

Nkandembo, frente al ideograma, eleva la cazuela de la comida y *nkama*. Coloca la cazuela en el centro del gran círculo y todos cantan.

Los dignatarios con sus fundamentos y sus *itón* se plantan en sus respectivos emblemas en torno al gandó y a los nuevos *obonekues*. El *ireme* toma la pequeña cazuela vacía, echa en ella un poco de comida que se destina a los muertos y que él pretende comerse más tarde. Vuelve a colocarla en el círculo y cuatro veces toma de la cazuela grande un puñado para ofrendarlo a cada uno de los cuatro puntos cardinales — a los Cuatro Vientos — y los arroja lejos en dirección al Norte, al Este, al Oeste y al Sur. Por último se apodera de un muslo de gallo y corre al Fambá a entregárselo a Iyamba, que no abandona a Ekue y permanece en el Fambayín con Isunekue, Ekueñón y el guardián del Fambá, Fambaroko.

El Okobio, los nuevos *obonekues*, los invitados de las otras potencias, bailan cantando alrededor del trazo, al son de los tambores, evitando pisar la pólvora que ha esparcido Nasakó a lo largo del gandó. Un *obonekue* se coloca al extremo del trazo, junto al emblema de Mokongo. Nasakó distrae la atención del *ireme* preguntándole : ¿Falta algún ingrediente en la cazuela? ¿Están completos los derechos? Mientras el *ireme* preocupado intenta cerciorarse, el *obonekue*, alerta, se apodera de la cazuelita que contiene la ofrenda para los Muertos, en el preciso instante en que Nasakó enciende la pólvora, y aprovechando la sorpresa que le produce al *ireme* la explosión, el Monina escapa con ella a todo correr para llevarla al Embarcadero, donde la reciben los Muertos ; porque el primer sacrificio y la primera comida homofágica de comunión, se efectuó a la orilla del río, y allí están los muertos, los Antepasados. Como el Ireme Eribangandó no puede comer, se recurre a este ardid. Así burlado, trata de alcanzar al Obonekue que le ha arrebatado el alimento prohibido, pero renuncia pronto a perseguirlo y vuelve para cuidar de la otra cazuela.

Este episodio del festival público ñañigo, provoca la hilaridad de la concurrencia. El *ireme* se apacigua y expresa su resignación por medio de gestos, privado, como todos los « Diablitos » o espíritus, de la palabra. Son mudos.

Nkandembo le sirve primero al Nasakó, que prueba la comida — *butuba* — ante los dignatarios para demostrarles que no contiene veneno ; después a Isué quien confía el Sese a su ayudante Mbákara, el custodio de los cueros, mientras come. « Los comensales, si se medita un poco », nos dice el viejo Saibeké, « no es gallo lo que comen... están comiéndose a la Sikanekue. Esa

comida sienta bien a todos ». Ciertamente, es una comida sagrada que acrecienta las fuerzas del adepto y de los recién iniciados, y en la que reina siempre una alegría que traduce el sentimiento de confraternidad, de comunión.

Terminada ésta, Nkandembo retira la cazuela. El Plante finaliza a la puesta del sol, con un último y gran desfile que encabezan Nasakó, el Ireme Eribangandó y el Ireme Mboko que blande una caña, ambos conducidos por Nkríkamo. En esta última procesión, apoteosis de la fiesta, pueden figurar hasta siete *íremes*. A continuación va Isué portando el Eribó, Mpegó y Ekueñón; Mokongo, Abasonga y Mosongo, Abasí con el Crucifijo, un hombre vestido de mujer representando a Sikán, y a la zaga los tambores, los coros de Obonekues y el público de hombres que suele agregarse al desfile.

Ya de vuelta, penetran todos en el Fambá, menos la música. Mpegó sale afuera con su tambor, se coloca frente a ésta y dice unas palabras.

Callan los tambores y entran en el Fambá. Allí todos los dignatarios están formados, portando los Atributos de sus cargos. Mpegó, de cara a la cortina del Fo Ekue vuelve a hablar. Todos se arrodillan. Mpegó da tres golpes solemnes en su tambor y prosigue. Al pronunciar la palabra Munangayé, los *íremes* se despojan de sus máscaras. Ya se le han quitado los penachos al Sese Eribó, ya se ha despedido a los Espíritus de Tanse y de Sikán.

Con el sol que se hunde en el ocaso, la Voz Divina, el Espíritu, torna por el trazo mágico, al río sagrado o al « espacio », al más allá, cuyas lindes ha rozado el *obonekue* en esta primera iniciación que lo prepara y le garantiza exactamente el privilegio, al expirar, de internarse, fuerte y seguro, en el mundo de las sombras.